

PERDER EL TIEMPO

ÁLEX MESA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Perder el tiempo

ÁLEX MESA



Primera edición: octubre 2018

Depósito legal: AL 2360-2018

ISBN: 978-84-1304-505-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Álex Mesa

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

“Aunque fueras a vivir tres mil años y otras tantas veces diez mil, recuerda, sin embargo, que nadie pierde otra vida que esta que vive, y no vive otra que la que pierde.”

Marco Aurelio

Perder el tiempo

Proemio

Es bastante conocida una anécdota que cuenta como Napoleón vestía siempre con una camisa roja durante sus batallas para que, en el caso de ser herido, sus soldados no se alarmaran y, así, pudieran seguir luchando con vigor.

Esta historia tiene un carácter muy curioso. Pero ilustrativo. ¿Habla sobre el honor? Nos habla, al fin y al cabo, de como la ética siempre viene empujada por la estética. Porque no todos comprenden, en abstracto, nada sobre la justicia o la injusticia. Sobre lo aceptable o lo inaceptable. Sobre el bien o el mal. Pero sí que entienden todos sobre lo agradable o lo desagradable, sobre lo apetecible y lo repulsivo.



1ª parte: Lina

A)

Se aferraba con tesón y con suma energía a su vida. No quería desarraigarse por nada del mundo: quería sentirse anclada. Anclada perfectamente en su perfecto mundo.

Por eso llevaba siempre con ella su almohada : no soportaba sentirse levitar, quería apegarse a lo suyo. A su vida, a sus costumbres.

Siempre desayunaba lo mismo, aunque nunca se pudiera decir que esto fuera totalmente así. Pero a ella siempre le sabía igual: esa era la intención. Un café con leche, unas tostadas con miel, una naranja y un plátano. Fuera la época del año que fuera, estuviera la fruta de temporada o no: esos eran los ingredientes. Hasta tal punto esto era así, que lo exportaba: viajarían estos productos con ella siempre, ya que era asumido por ella que nadie iba a compartir ese gusto por el desayuno perfecto.

Se calzaba siempre empezando por el pie izquierdo, y no por contrariar a ninguna tradición o superstición, sino, más bien, porque siempre encontró más a mano ese pie: cuestiones de rigor fisiológico.

Pero lo cierto es que nunca se cansó: tal y como ella vivía, se podía decir que vivía bien. Había espacio para la diversión y para la risa. Aunque los tiempos estuvieran siempre controlados.

A decir verdad, introdujo cuanto pudo de riesgo para dinamizar su existencia: apostaba, y aunque mayormente perdía, se sentía profundamente estimulada por la incerteza e incluso, en alguna ocasión, por la desdicha de la pérdida. No estaba preparada para ganar: nunca hubiera sabido qué hacer con tanto dinero. No había almohadas en el mundo en las que gastar las barbaridades a las que optaba. Por eso, a veces, combinaba apuestas imposibles con pequeñeces, con minucias. De estas alguna salía bien... y le reconfortaba, entonces, pensar que no había perdido totalmente el tiempo.

En el trabajo la apreciaban. Era meticulosa (¿cómo no iba a serlo?) y muy prusiana. Pero lo cierto es que tampoco se puede decir que fuera muy

trabajadora: estaba tan desbocada por el control de su vida fuera de las paredes de esa tremebunda oficina, que a duras penas sacaba la lucidez necesaria para desempeñarse con firmeza vendiendo lo que vendiera. Porque, eso sí, sabía vender. Su jefe lo sabía y, por ello, la amaba. Ella sabía que él la amaba, pese a negarse a admitir su potencial como reina de las vendedoras. También sabía cómo entendía él su amor: era un amor por la facturación. Eso no importaba: se le valoraba.

Pero como todos aquellos que se aferran al peso de su existencia, se hallaba vulnerable: quizá llegara a conocer que, en realidad, todo no era tan seguro.

Y así fue. Comenzó a dejar de trazarse su historia para vivir en el instante perpetuo que tanto odiaba.

B)

Un día como otro cualquiera el mundo de Lina cambió. Ella no lo supo entonces, ¿cómo lo iba a saber? Todo parecía bajo control.

Solo cuando se mira atrás, muy atrás, se puede avistar lo hecho, si es que se puede, y juzgarlo de manera prudente. Y entonces, solo entonces, se puede decir: “perdí tanto o tal cosa”, “cambió esto y aquello”, etc. Ningún acontecimiento parece merecer la pena hasta que las consecuencias del mismo se hacen inevitables.

Lina consiguió ser, al fin y por justicia, jefa de ventas. Tras mucho esfuerzo había conseguido el puesto que le correspondía. Pero ella no quería ese puesto, sino, simplemente, que se le reconociera, que se le dijera que lo merecía, aunque no lo tuviera. La mejor vendedora debe tener la libertad de no tener el mejor puesto posible, pensaba ella. Su jefe, por supuesto, no opinaba igual. Pero, al final del mismo día, Lina lo tuvo que asimilar. Podía controlar la situación. Nadie iba a impedir que lo pudiera hacer. Que ella dominara su mundo. Y sus subordinados, ahora, eran su mundo.

C)

A decir verdad, Lina no caía mal a nadie. Lo cierto es que no caía. Ella se hallaba, según la veían en su empresa, más allá del bien y del mal. Era un

personaje peculiarmente poco peculiar: un prototipo avanzado de sosería. Una sosería respetada por su trabajo. Respetada por su consideración y por su esfuerzo. Pero nada empática. Nadie veía en ella brotar ningún ademán de emoción. Era una trabajadora. Ford la hubiera nombrado en más de una ocasión empleada del mes, sin duda. Era todo lo perspicaz que su sentido común le permitía.

Así que cuando le tocó asumir su nuevo cargo, sonrió. ¿Por qué? Por nada en particular: era un choque. Se había producido en ella una saturación, estuvo a punto de desbordarse: hubiera reído. Pero finalmente pudo contenerlo todo en una sonrisa que, pese a que en origen era símbolo de un desastre, de una represión, le llegó a quedar, a ojos de los demás, como un gesto elegante. Otro tanto que se podía apuntar sin pretenderlo: el don de la oportunidad.

Si algo hubiera podido contentar, sin duda, a Lina hubiera sido descubrir que Alberto, su jefe, era peor que ella: era un soso motivado. Un soso que tenía unas convicciones pueriles, pero concretas: todo vale tanto o cuanto, según haga ganar dinero. Ni más, ni menos. Fuera de eso no quedaba nada. Ahí se podía meter, por supuesto, al amor.

Aunque Lina realmente no sabía si conocía esa realidad: estuvo siempre absorta. El jefe es el jefe. No se le juzga, ni se piensa por él. Se hace lo que se pide, se discute solo dentro del ámbito profesional. Todo lo demás... obviamente, no existe.

D)

El café tiene una larga tradición.

El origen de su consumo se remonta a la lejana Albisina, tierra que hoy pertenece a Etiopía. Hace milenios que se consume, aunque su historia queda empuñecida por la de las especias o la del té (mucho más consumido, también, a día de hoy). Fuera como fuere, ha tenido siempre su forma de reivindicarse. Para muchos, sería imposible un día sin café. Como para Alberto.

Alberto cumplía con ese cliché social, de clase y de dominio, que estipula que el café que se toma en el trabajo, si eres el jefe, debe ser preparado por un subordinado de confianza. Mejor aún, en el caso de ser posible, por una

subordinada. Un cliché casi tan antiguo como el café... pero es que Alberto parecía casi tan antiguo como el café.

Para Alberto, el hábito hacía al monje, con lo cual, ser jefa de ventas implicaba también comprender una serie de costumbres: Lina era digna de la confianza necesaria y reglamentaria para preparar el café del jefe.

¿Qué pautas seguir para tan encomiable y trabajosa tarea? Lina no lo sabía. Así que optó, la primera vez, por no pensar en él, sino en prepararlo como siempre. Como siempre que estaba en el trabajo, se entiende. No era una mala idea pues, al fin y al cabo, Alberto y ella se parecían bastante.

Por lo tanto: una taza bien caliente, café solo y con mucho azúcar¹.

E)

Estaba muerto. Alberto estaba absolutamente muerto².

Sin saber porque, la vida de Lina había cambiado muy rápidamente. Demasiado. Ya no era jefa de ventas. No había podido saborear el puesto y ya era directora general.

Se puede comprender que, si nunca había ni tan siquiera imaginado ser jefa de ventas, lo de directora general le quedaba más allá de la utopía. Aunque, bien pensado, ella sí que había soñado alguna vez con una posibilidad similar. Pero no se había imaginado en el puesto. No le había puesto rostro, cuerpo y substancia a un volátil sueño de tal calibre. No era, quizá, ni una aspiración. Simplemente era un consuelo, un juego de la mente. Una manera de soñar despierta.

Ahora le tocaba afrontar una realidad y, para una persona en extremo realista como ella, esto era una tragedia. ¿Estaba preparada? En ese momento hubiera sido muy difícil poder decirle a Lina que, a decir verdad, y casi con toda seguridad, nunca estamos preparados para nada que no nos haya sucedido antes. Que nos preparemos conforme las cosas pasan. A veces cuesta más. A veces cuesta menos. Punto.

Pero en su cabeza no estaban esos pensamientos. Deseaba con toda su alma poder volar, poder despojarse de una carga que no era la suya. Ella, que era especialista en cargas, no podía asumir esa así como así. Pero la alternativa era ese vacío no-existencial, pero sí material: el despido.

F)

La comenzaba a odiar. Sonia nunca había sido una de esas personas particularmente “odiadoras”. Y, sobre todo, Sonia, como todos los demás compañeros de empresa, nunca había pensado apenas nada acerca de Lina, ya que Lina era la indiferencia hecha carne.

Pero ahora Lina no podía generar indiferencia. Intervenía demasiado. Era la directora general.

Y, muy a pesar de Sonia, Alberto ya no estaba ahí para reconfortarla en esos momentos de recreo sexual que tanto anhelaba. Tenía que hacer frente a Lina, sin éxtasis mediante. Pero no estaba demasiado disgustada por eso, sino porque Lina era lo bastante parecida a Alberto como para repugnarle y, a la vez, lo bastante diferente como para asquearle. No tenía, a su parecer, voz de mando.

Sonia era, tal vez, la única persona que se había dado cuenta de los bloqueos constantes de Lina. ¿Os acordáis de esa sonrisa de Lina que disimuló, tan bien, su fuero interno? Pues bien, Sonia hubiera detectado el fallo. Porque Sonia era experta en detectar fallos. Allá donde fuera.

Sonia no podía mentir. Sin el uso de la palabra, se entiende. Sus gestos siempre iban encaminados a la corrección. Y Lina le sacaba de quicio. Era una jefa nueva, sí. Quizá lo justo hubiera sido tener un poco de paciencia, sí. Pero Sonia no era así. Y así, nada podía ir por buen camino.

G)

Nietzsche preconizó la filosofía del martillo. Con ese martillo pretendía poder derribar todo aquello que consideraba nocivo. Se volvió necesario, había mucho trabajo por hacer y ya no había tiempo para sutilezas. El tiempo de Nietzsche era tan corto, y su pretensión tan grande...

Curioso fue observar, años después, como el martillo se convirtió en parte de la simbología comunista. El campesinado y la industria, la hoz y el martillo. Pretendía ser, aquí, el martillo un símbolo de unión, ¿también de intimidación? Es difícil saberlo.

Uno pretendía derribar lo viejo, y el otro construir lo nuevo: ambos utilizaron lo mismo, el martillo.

Una herramienta, nada más. No hacía falta más. Una herramienta que sirviera para arraigarse a la tierra o encaminarse al fin de la historia. Todo con un martillo.

H)

Su empresa era la única en el mundo que seguía fabricando masivamente galatita. De hecho, era el único material que fabricaban: galatita. Es decir, marfil sintético. En el pasado, antes de que se popularizaran los plásticos derivados del petróleo, la galatita era el plástico estrella. Bonito e ilimitado: parecía indicado para ser, verdaderamente, el marfil sintético que tanto se anhelaba. No más sufrimiento y mucho más margen de beneficios.

Pero al que le gustaba el marfil, siguió viendo a este más puro (pues la galatita no era igual), y, al que le servía un derivado plástico, no tuvo que esperar demasiado tiempo hasta encontrar alternativas más baratas y con mejores prestaciones. ¿Alguien compraría un producto que brillara como el oro, fuera duro como el oro, incorruptible como este, pero que no fuera oro y que, además, fuera más caro que el latón?

En esta vida hay, al menos, una forma de categorizar a las personas en dos grupos: aquellos que anhelan la esencia de las cosas, porque creen en su valor irreductible, y aquellos que siguen la leve apariencia, y ella les sirve. La galatita se quedó a medio camino de ambos lares y, por tanto, en tierra de nadie. O casi.

Porque seguían vendiendo, que duda cabe. Al quedarse sin competencia, adquirieron una suerte de magia, de misticismo empresarial: ser los únicos que persisten, ante todo, en sus ideas. Ser, por tanto, unos auténticos profesionales. Unos auténticos héroes de la nostalgia empresarial y unos técnicos magníficos. Sería difícil valorar en qué grado todas estas atribuciones eran ciertas, pero la empresa no solo salía a flote sino que desde que Lina formaba parte de ella crecía año a año en su beneficio. No se puede decir que, al principio, fuera ella responsable de ese crecimiento, pero con los años tuvo su protagonismo en los datos: sin duda.

Como directora general, la estrategia estaba clara: tenía que abrir nuevos mercados. La estrategia de sus antecesores le pareció, en un aspecto concreto, muy desilusionante: se resignaron a no poder convencer más allá de su fiel

nicho y no ahondaron en convertir a los incrédulos. Y de eso sí que se veía capaz Lina.

I)

Evaristo estaba convencido, desde hacía muchos años, de que se iba a jubilar allí. Y para él, al contrario de lo que pudiera parecer, eso no era motivo de angustia. Tampoco lo era de satisfacción. Simplemente, Evaristo hacía ya bastante tiempo que se hallaba fuera de ese tipo de angustias o satisfacciones. Quizá nunca sintió pasión por su trabajo. Pero lo más probable es que nunca sintiera pasión por nada. Por eso era tan eficaz en lo suyo.

Cuadrar las cuentas era lo suyo. No solo era el contable de la empresa sino que también, de alguna forma, era el jefe de recursos humanos: cualquier descuadre en las cuentas implicaba determinado número de despedidos. Y su palabra iba a misa. Para ser justos, cualquier beneficio adicional también repercutía en la posibilidad de ampliar la plantilla, aunque hacía muchos años que eso no pasaba: debido a la estrategia empresarial comentada, ya no se podía crecer fuera de los límites fijados.

Pero Lina cambió su panorama, le ordenó que contratara a un número increíble de personas: cuatro nuevos empleados. Y lo que más le horrorizaba: quería que uno de ellos fuera auxiliar de contabilidad. Es decir, quería que compartiera sus dominios con alguien más.

Evaristo se sentía profundamente ofendido. Una cosa es que él fuera indolente con su perspectiva laboral, otra cosa es que le castigaran de esa forma. Le daba igual seguir como estaba porque, a su manera, tenía algún poder: de eso no se había dado cuenta hasta el mismo momento en que Lina le dijo que debía ser vigilado por un falso-subordinado, alguien que no dudaría en despotricar sobre cualquier cosa que hiciera él con tal de ganarse el favor de Lina y, por tanto, de la empresa.

J)

Lina pensó, después de tanto cambio, sobre la evidencia de que nunca se había cuestionado si era feliz. Y, lo que es peor, nunca se había planteado que la felicidad fuera una meta o una cuestión relevante. Porque, al fin y al cabo,

¿qué es la felicidad? ¿Un punto de llegada? ¿Un tránsito? ¿Una idealización? No sabía responder a ninguna de esas preguntas pero lo que tenía claro es que, a partir de ahora, no iba a poder dejar de tener esos interrogantes en la cabeza, que no se iba a quitar esa especie de presión no-productiva pero que, en cambio, le coaccionaba. Le sofocaba, le quitaba la respiración.

Por primera vez pensaba que, quizá, había cometido un gran error: no plantearse nada en pos de su felicidad. Cabe insistir en el hecho de que Lina no hallaba manera de definir a “la felicidad” pero, de cualesquiera de las maneras, ese destino que le estaba acechando, esa vida controlada que otros habían decidido descontrolar, le angustiaba sobremanera.

Recordó a su padre. Para ser precisos: recordó el recuerdo inoculado de su padre. Lina no lo conoció. Cuando apenas tenía unos meses, desapareció. Técnicamente no se puede decir ni que la abandonara, simplemente: no volvió más. Su madre, a pesar de ello, nunca le dijo una mala palabra de él. Y tampoco optó por callar. Le habló. Le habló mucho. De lo apasionado que era, del aprecio que tenía por la vida. De sus ansias voraces de libertad. Voraces pero nunca dañinas. Siempre tenía una meta por encima de su risa y su ego: hacer reír a los demás. Eso lo veía como algo imperioso. Recordaba una frase que nadie en la familia sabía de dónde había extraído (ni el padre tampoco) pero que no era de él, sin duda: *“El hombre sufre tan terriblemente en el mundo que se ha visto obligado a inventar la risa”*. Así entendía su padre, laxamente, el deber: hacer reír. Sin más. Según lo veía, no merece la pena sujetarse a nada más, porque todo lo demás perece. Como la risa, por supuesto. Pero la risa ayuda durante el tránsito, y lo demás no quedaba tan claro.

K)

Evaristo crecía en su desdicha.

Había algo que guardaba bien en secreto: fuera de la oficina hubo un tiempo en que tuvo una vida. Una vida como la de los demás, aproximadamente. Aunque él, por supuesto, la concebía como única.

Era la chica de sus sueños³. Pero lo que se obvia de los sueños es que la vigilia siempre está cerca. Muy cerca. Así que un día despertó. Más bien: despertó ella, Marta, y se fue con todos los sueños de Evaristo para lanzarlos

por la borda. Marta no era una mala persona. Ni una buena. Marta era Marta, pero como Evaristo era Evaristo, su relación se volvió insoportable: y se terminó.

Por supuesto, Evaristo fue ese mismo día a trabajar y fue tan indolentemente eficaz como siempre, pero en su fuero interno había cultivado una llama nueva.

Una llama que ahora, de diferente forma, había vuelto a prender con fuerza por culpa de Lina. Y por eso, Evaristo crecía en su desdicha.

L)

¿Tiene o ha tenido la superstición un papel protagonista en la vida humana?

A esta pregunta se podría contestar fácilmente: según las personas, habrá quien sea supersticioso y habrá quien no.

Pero la respuesta no puede ser tan sencilla. Quizá se aproxime más a la verdad convencional pensar que cada cuál es supersticioso según las circunstancias y lo es a su manera. Más que una cuestión de grados, es una cuestión de modos.

Un ejemplo: Cuando al sacar el monedero para pagar, determinadas personas consideran que si se cae una moneda al suelo, por nimio que sea su valor económico (un céntimo, tal vez), uno se halla en el deber imperativo de cogerlo. No por su valor de mercado, obviamente. Ni siquiera por la inmoralidad que supone pensar que determinadas personas pasan hambre cada día y otros consienten en dejar dinero en el suelo, sino por una especie de superstición soterrada que le indica a uno que no puede esperar suerte en su vida, en su vida económica al menos, si se muestra tan ruin, tan poco consecuente con el sufrimiento que implica cada una de esas monedas perdidas. Céntimo a céntimo. Es algo a lo que, hoy en día, se suele englobar dentro del karma. Aunque, a decir verdad, el karma debe tener más que ver con un imperativo moral, y aquí no se habla de inmoralidad: sino de superstición. La superstición de que todo lo indeseable se halla conectado a nosotros a través de pasillos que no conocemos, pero que podemos intuir. Y que, por tanto, cualquier acercamiento a ellos implica estar al borde del precipicio. Con lo cual, ante cada moneda caída, se hinca la rodilla. Lo cual,

en este caso, forma una curiosa y divertida, paradoja: uno puede verse haciendo una reverencia al Dios dinero.

M)

Sonia sabía que Evaristo también odiaba a Lina. El contable y la jefa del gabinete de prensa no tienen porque mantener ningún tipo de relación, y este caso tampoco era una excepción, pero Sonia sabía que Evaristo también odiaba a Lina.

En esa oficina, las palabras no circulaban con fluidez a nivel horizontal y, en este caso particular, eran una *rara avis*. Sin embargo, Sonia, cabe recordar, era muy perspicaz. ¿La perspicacia hecha persona? Este tipo de frases conllevan riesgos pero, tal vez, en este caso quepa asumirlo.

No sabía como se iban a poner de acuerdo y en qué, pero una cosa tenía clara: Evaristo y ella tenían que tener un objetivo común, dado que Lina era su enemiga común. Una deducción lógica y sencilla, pero certera. Ahora cabía fijar objetivos y aunar esfuerzos. Eso parecía lo más complicado pero nadie debía subestimar la audacia de Sonia.

N)

De pequeña había pensado, en más de una ocasión, en la posibilidad de que algún día acabara en la cárcel. O de que fuera drogadicta. Lo cierto es que nunca hubiera podido decir cómo iba a llegar a tal punto, pues ella siempre trataba de hacer lo correcto, pero, ¿y si se iniciara una cadena de errores que no pudiera detener? En ese caso, ¿quién sabe hasta dónde podría llegar?

Lina, de alguna manera, creía estar, proféticamente, atravesando ese momento. Pese a su empeño, su vida, o parte sustancial de ella, había escapado a su control. Se veía precipitándose. Pero no al vacío. No. Debajo de ella había materia: bajaba un escalón, y otro y otro. Ni siquiera podía decir si era una bajada, todo se estaba enrevesando tanto que, más bien, parecía estar dando vueltas. Quizá en círculos: así nunca sabría en que punto se hallaba.

Pese a que estaba tomando sus primeras decisiones para afianzarse en el puesto, pese a que exteriormente parecía una persona enérgica que anhelaba

ser felicitada en su nueva labor, lo cierto es que, en su fuero interno, algo chirriaba.

¿Se alimentaban de este paso en falso Evaristo y Sonia? Sería injusto afirmar tal cosa. Ellos también se veían perjudicados.

Si bien Sonia llegaba a poder atisbar algo del fuero interno de Lina, ella no era, tampoco, la responsable de la espiral de confusión en la que se había convertido la vida de Lina. Todo había cambiado. Pedir empatía de los unos para con los otros era demasiado.

O)

El asco mueve el mundo. Tan contundente sentencia no debiera ser considerada, de cualesquiera de las maneras, exagerada.

Hay quien se adentra en los quehaceres del mundo a través de la solidaridad. Con ella se hermana con el resto del mundo. Hay quien tiene interés, afecto, amor, etc. Pero todos estos sentimientos y emociones se limitan unos a otros.

Tan solo el asco puede abarcarlo todo y hacer cruzar cualquier frontera.

El asco está en nuestro cerebro primitivo. Es una válvula arraigada y operativa desde antes que el hombre fuera *homo sapiens*. Es una defensa y no un ataque. Nos advierte de algo: de aquello que es mejor no presenciar. De aquello que cabe evitar. Por nuestra propia seguridad.

Por asco se pueden llegar a producir erupciones cutáneas, reapariciones de herpes, etc. Y, en ningún caso, se puede decir que sea fruto todo ello de una decisión. Más allá de la voluntad: ahí está el asco.

Por lo tanto, al afirmar que Sonia sentía asco por Lina, tenemos que traspasar el obvio y simple sentido que hoy le daríamos a tal afirmación. Se trata de algo que irradia el espíritu, la mente, o como se le quiera llamar, de Sonia. Era algo que ella no podía ni controlar, ni evitar. Era una reacción más similar al pánico que a la altivez: le indica que Lina es peligrosa, que debe estar precavida ante ella. Que puede dañar su integridad. Y eso no lo puede permitir.

P)

Aún la recordaba. Había pasado mucho. Muchos momentos, muchos espacios compartidos, muchos deseos. Quizá, lo que hacía que aún la recordara con tal precisión, es que estaba fuera de toda su cronología. Lina, que era tan metódica, tan rigurosa con su tiempo y, en cambio, no era capaz de recordar en que momento dejó ella de formar parte de su existencia.

A decir verdad, en algún sentido, nunca perteneció plenamente a su vida. Lina lo podía concebir así, pero tenía dudas de si era correcto expresarlo así.

Nunca quiso estar sometida, y para ella el sexo, en ese momento de su vida, era sumisión. No hubiera sabido decir el porqué. No tuvo voluntad de comprobarlo. No había trauma que se pudiera otear a la vista. Su relación con todo el mundo siempre fue cordial. Sin tensiones.

El recuerdo (inoculado) de su padre, tampoco resultaba conflictivo: fue un buen amante, fue generoso y fue risueño. Pero Lina, tal vez, se sentía demasiado ocupada. Demasiado ocupada para permitirse flaquear en sus fuerzas.

Así que un día perdió todo interés en ella, y ella en Lina: sino fueron dos hechos simultáneos, al menos lo pareció.

Ahora bien, cabe remarcar que, bajo ningún concepto, Lina se sintió entonces desdichada. No se escribe aquí la historia de una mujer desgraciada o desquiciada por la vida.

Se escribe aquí, simplemente, sobre una mujer que vivía bien su vida. Que funcionaba correctamente, y que nunca se arrepintió de nada. Pero es la historia de una mujer que un día descubrió que toda su voluntad y toda su energía no era suficiente para controlarlo todo. De una mujer que comenzó a viajar en círculos. Ella, que pensaba que jamás podría desprenderse del compás.

Q)

Boris era lúcido, ágil, astuto. Aprendía rápido. Demasiado, quizá, para el gusto de Evaristo. Lo cierto es que, a ojos de la empresa, se había tenido un gran ojo de halcón al ficharlo. Era un auxiliar de contabilidad muy prometedor.

Pero, ¿era lo idóneo para Evaristo?

Evaristo trataba de sondear la posibilidad de que Boris percibiera su gran recorrido en la empresa como obra y gracia de él, su reclutador. Pero no lo tenía claro. El chico se hacía querer.

De todas maneras, a Evaristo tampoco le importaba tanto la fidelidad de Boris como su existencia. La existencia de lo que representaba: su presencia en la empresa. Había perdido libertad, sin duda.

Evaristo, que nunca había sido un adalid de la libertad, se sentía coartado. Se sentía iracundo para con Lina: quién le había quitado su corona. Ya no era este su cortijo. Y le dolía. Le dolía profundamente. Lina: un ser que jamás mostró ambición alguna más allá de superar el día, y ahí estaba, dirigiendo el todo. La empresa era el todo, era el mundo. Lina había devorado tantas porciones del pastel que Evaristo se sentía amedrentado. Lloroso. Pero Evaristo halló la salvación ante esa muerte inorgánica, esa defunción empresarial a la que había sido arrojado: Sonia.

Solo aquél que tiene motivos más banales que uno mismo para pretender la destrucción del otro, puede ser de utilidad.

R)

Hay un ejercicio mental muy interesante. Se trata de colocar a personajes históricos relevantes, o no tan relevantes, en momentos históricos diferentes a los suyos. Por ejemplo, a Cicerón en la Sudáfrica del Apartheid, ¿sería tan crítico con este régimen como con el poder descomunal de César?

Pero la variante más atractiva, sin duda, de este ejercicio es la de transportar personajes actuales, con los que estamos familiarizados, a tiempos pretéritos. ¿Qué estaría haciendo Merkel en la República de Weimar o durante la Alemania Nazi? ¿Qué papel adoptaría Marine Le Pen en la Francia de Vichy? ¿Y Jorge Fernández Díaz durante el franquismo? ¿Qué pensaría Obama de Martin Luther King?

Son preguntas estúpidas, tal vez. Anacrónicas, sin duda. Pero estimulantes. Hacen pensar que, en el fondo, la esencia de cada cual, quizá, no sea tan importante y que, quizá, uno se adapta a las circunstancias que vive. O aún más: que es propiamente él parte de las circunstancias que vive.

Pero cuando se repite muchas veces este ejercicio, uno no puede evitar pensar que, en algún caso, las circunstancias presentes le son ajenas a

determinados individuos y que su esencia no solo existe, sino que preexiste. Que, quizá, su única baza es haber entendido que, pese a todo, tampoco es tan malo guardar esa esencia parcialmente. Para otro tiempo. O para otro espacio.

S)

La conferencia de prensa estaba abarrotada. No cabía ni un alfiler. En toda su vida, Sonia no se había encontrado ante la necesidad de dar explicaciones a una multitud de gente tal como la que allí había. Pero el asunto reclamaba tal atención, sin duda. La empresa había sido acusada de explotación infantil.

La situación tenía algo de esperpéntico. La mayoría de periodistas que se hallaban en la sala no habían oído hablar jamás de la empresa involucrada, pero al destaparse el caso, todos quisieron hacer espacio en su memoria para conocer todos los entresijos de la empresa. No solo aquello relacionado con el escándalo, obviamente. Sino datos como la fecha de fundación de la empresa, la política empresarial que había seguido en los últimos años e, incluso, cualquier asunto personal de las personas destacadas de la empresa. Si tenían hijos, esposas, maridos o amantes, perros o gatos, si eran asexuales, etc. Cualquier cosa. Ese era el conocimiento del cual no se podía presumir, pero que quedaba reservado: por si acaso. Luego estaba la presunción ridícula: saberse la anécdota que llevó a dos hermanos a fundar la empresa en los años 20, la ciudad en la que se hizo, ante el notario que se hizo, etc. Todo esto se hacía de una manera agresiva, como si el escándalo diera oportunidad a todo. Aunque, quizá, todo no fuera necesario.

En cualesquiera de los casos, Sonia se sentía muy segura. No iba a ser arrollada. Tenía experiencia. Daría las pertinentes explicaciones. No tenían razón, ella lo sabía, y ellos lo acabarían por saber.

Pero la empresa temblaba. Sus cimientos no parecían sólidos. Su modelo de negocio no contemplaba disparates de tal calibre: no eran nadie, pero alguien creía que sí.

Lo cierto es que sus cimientos no fueron sólidos nunca: vivían del ensueño de que muchas personas aún consideraran encomiable su labor, aunque fuera discutiblemente útil. En todo ello había, por lo tanto, una cierta dosis de fe, de confianza, más allá de la calidad del producto ofrecido. Más allá del producto mismo. Eran los últimos vendedores de marfil sintético: eran, para

algunos, la expresión máxima del heroísmo, de la ética y la profesionalidad empresarial.

Pero nadie contaba con niños en la ecuación. Claro que no. Daba igual de donde surgieran los rumores. Daba igual, incluso, donde se hallaran tales niños. Había una losa encima de la empresa.

A decir verdad, era Sonia quién parecía fuera de lugar: no era normal estar tan bien preparada para algo tan inusual. A nadie le sorprendió: Sonia era algo diferente. No sentía temor ante el riesgo. Podía sentir asco, claro está, pero jamás temor.

T)

Se sentía aterrada, ¿niños? ¿Niños en la fabricación de galatita? Por inverosímil que a ella le pudiera parecer esta noticia, era consciente de que le habían ceñido una soga. Ya se notaba casi sin respiración.

Era, por otra parte, doloroso pensar que era una soga no-necesaria. No se puede decir alegremente que nadie merezca verse envuelto en una situación así, pero, ¿ella? Lina jamás había deseado estar donde está ahora. Desde hacía poco tiempo, ya no tenía ni el más mínimo control sobre lo sustancial de su vida. No había timón y, por lo tanto, no había rumbo. No se le podían exigir responsabilidades, ¿pero cómo iba a explicar eso? ¿Cómo iba a convencer a nadie de que estaba ahí por accidente? No, sabía que eso no estaba en su mano. Y tampoco era lo conveniente. En sus términos, probablemente no fuera ni decente. Aunque a ella, ahora, la decencia le sabía amarga. Muy amarga.

¿Quién era Lina? ¿Era el eco que se escuchaba de ella en los medios de comunicación? Nunca pudo, a decir verdad, pararse a pensarlo. Nunca había tenido un espejo de tales dimensiones ante sí. ¿Era este uno de esos espejos distorsionados? Sin duda que había mucho de sensacionalismo, pero ¿no podía tomar nota de nada de lo dicho en esa marabunta sedienta de Verdad? Todos querían la Verdad. No querían matices, ni convencionalidades. La Verdad era única, solo tenía un camino: y la directora general de la empresa implicada debía conocerla, transmitirla y responsabilizarse de ella. No cabían medias tintas. O era culpable o inocente.

A nadie le importaba la almohada de Lina o su búsqueda del desayuno perfecto. Nadie quería saber nada de su padre, el gran precursor de la risa, ni de su amante: de la que ni ella podía recordar nada sustancial.

Querían saber quién era ella: que había hecho ella para meter a una empresa desconocida en el primer plano informativo.

U)

Era una cafetería próxima a un hotel Eurostars, a las afueras de Roma.

Recordaba, muy agradablemente, pasear con él durante varias mañanas.

Los croissants estaban deliciosos, las pastas napolitanas exquisitas, el café era maravilloso. Y su crema.

Fueron sus mejores vacaciones. Cada día que pasaba desde entonces, lo recordaba todo como algo mejor: pese al cansancio que sentía entonces, pese a la indignación de sentirse tan alejada por tantos medios de transporte de la ciudad eterna.

Y siempre le impactó que, de todo lo que vio, lo que más le emocionó a su memoria fue, precisamente, visitar esa cafetería. Su calidad era excelente en todo, pero seguro que tenía que haber alguna más de ese tipo: y mejores. Pero no solo no podía borrarla de su cabeza, sino que era la recreación de todo su viaje.

El sabor del chocolate de una napolitana deshaciéndose en su boca, por la mañana, ya casi al mediodía.

Y estar con él, compartir con él ese delicioso momento. Un momento que tenía algo de incomunicable: porque no podía compartir el sabor con él, y en ese sabor estaba su memoria. Pero recordaba su figura. Una figura que, por otra parte, nunca vio.

Se despertaba con el sabor de esa pasta napolitana en la boca. ¿Era un recuerdo o un sueño? Le pasaba a menudo. Parecía un sueño, pero lo había vivido. Parecía un recuerdo, pero no todo era igual. ¿Por qué estaba él? ¿Si no lo había conocido! Su recuerdo, inoculado, era precioso, pero ¿tanto? ¿Tanto como para que sustituyera a su madre aquí también?

Ambas se lo pasaron genial en Roma. No hubo ningún reproche. Sin embargo, ella había desaparecido. No estaba. Únicamente estaba su mejor obra: el perfecto recuerdo de su padre.

Y le dolía, Lina se sentía traicionada por su memoria, y sentía traicionar a la memoria de su madre: con el esfuerzo que hizo para inocular tal majestuosa reminiscencia, y ella estaba utilizando eso para sustituirla. Su madre no se lo merecía. Quizá él no fuera tan espléndido. ¡Y aunque lo fuera!

Pero no podía dejar de soñarlo. Mientras peor lo pasaba, más recurría a su padre. No hablaba: nunca lo escuchó hablar. Ni siquiera comía. Simplemente estaba allí, junto a ella. Le acompañaba a la cafetería, se sentaba, tenía junto a él un capuccino y un croissant. Ella tenía un café con leche y una pasta napolitana (deliciosa, por supuesto) de chocolate. Ella sentía el sabor intenso, dulce, agradable, exquisito del chocolate fundiéndose en ella. Y despertaba. Así, una y otra vez. Cada vez le parecía degustar más ese sabor, cada día que pasaba lo encontraba más próximo a ella. Y cada día más, su padre lo abarcaba todo: era una presencia que no hacía nada. Pero su madre ya no estaba, y eso le molestaba.

V)

Llegaba a casa sobre las dos del mediodía. Tenía, más o menos, una hora para comer. Pero eso no le hacía andar más rápido. Disfrutaba viendo las calles, los portales, la gente pasar. Los veía todos los días, al menos de lunes a viernes, pero ella siempre veía algo distinto. Nunca te bañarás dos veces en el mismo río, ni pasearás dos veces por la misma calle. Habían cambios que, si se estaba atento, podían salir a relucir. Tardaba unos 20 minutos en recorrer las 4 calles contadas que le separaban de casa.

Para comer, su madre había preparado ese día pollo en salsa con arroz, una variante casera del conocido “pollo al chilindrón”. Le encantaba. Era la comida favorita de papá. A veces se preguntaba si le gustaba por eso. Casi todo era por él, pero degustaba tanto el sabor, que no podía imaginarse un mundo en el que el pollo en salsa (el de su madre, claro) no le pudiera gustar.

Veía, de mientras, un poco la televisión. A su madre no le gustaba que se fijara mucho en ella. Otros días se la apagaba hasta después de comer, para que no se eternizara el plato en la mesa. Pero le daba pena, a veces, decirle nada. Era su único rato del día. El único rato en el que ella ponía lo que quería ver.

Después de los dibujos animados: desperazarse, lavarse los dientes y coger la mochila para volver al colegio. Hasta las 5 de la tarde. Ese *intermezzo* duraba poco, Lina apenas hablaba con su madre, pero ella se sentía acompañada porque su madre sí que le hablaba a ella. Quizá era la mejor hora del día. Sobre todo, si había pollo en salsa con arroz.

W)

Estaba fuera. La junta de accionistas se reunió a primera hora de la mañana y acordó que, por el bien de la empresa, lo mejor era que dejara su cargo. El cese le costó a la empresa una millonada, porque no contó con el beneplácito de Lina. Eran muchos años ya y, en ese momento, ella no podía tirar toda su vida por la borda. Sabía que tampoco podían recolocarla en el departamento de ventas, donde unos meses atrás se encontraba campando a sus anchas, con duro esfuerzo, pero con todo bajo control.

Lo de los niños parecía aclarado, pero su empresa no estaba hecha de esa pasta. De la pasta de los que se preparan, por experiencia, para aguantarlo todo. Era demasiado lastre.

De todas maneras, hacía pocos meses que se había muerto Alberto, se cambió de director general y no había pasado nada. Todo lo contrario: la empresa estaba creciendo más. Quizá tuvieran otro golpe de suerte. O del destino. Quizá los oráculos se confabularan en favor del marfil sintético. Hacía falta en ese momento.

Extrañamente, quedó en suspense el nombramiento del nuevo director general. Algo insólito, pero comprensible, dado el momento. Aún no tenían ese mesías que tanto ansiaban y que pudiera devolver la gloria pasada y el prestigio a la empresa. O como mínimo, que les retornara al anonimato.

X)

Evaristo no estaba del todo contento. No es que hubiera sido nunca un hombre muy positivo ni alegre, pero ahora, además, había algo que le inquietaba. Necesitaba saber ya quién sería el nuevo director general de la empresa. Más que nada, para comprender si tenía que seguir acumulando ese

odio y ese desprecio o, en cambio, transformarlo en algo diferente. En amor hacía su gato, por ejemplo.

Pero había algo más que le inquietaba. Sonia no había contado con él para la campaña de “los niños trabajadores”. Creía, no sin razón, que ella le consideraba inferior, demasiado estúpido o demasiado parlanchín para poder contarle nada.

No se puede negar que una operación de tal calibre, si se lleva a cabo, no puede contar con ser conocida por muchas personas. Hay peligro. Lo que había hecho Sonia era grave: por muy justificado que estuviera hacerlo (justificado en su mundo, claro está).

Evaristo estaba solidificando uno de sus recurrentes sentimientos negativos. No había lagunas, medias-tintas ni matices en su deseo de ver muerta a Sonia. No iba a hacer él nada por matarla, por supuesto, pero le deseaba, con todo corazón, la muerte. Y no es que Evaristo fuera una de esas tantas personas, muchas veces impulsivas, que no comprenden la trascendencia de ese deseo. Él tenía muy claro que la muerte significa el final de un mundo, de manera que la muerte de uno mismo significa el fin del mundo. Sin paliativos. Nunca profesó ninguna fe, y creía, de alguna forma, amar su vida. Pero el mundo de Sonia, estaba claro, merecía la pena ser sacrificado. No le otorgaba ninguna valía. Antes de sentirse unido a ella por causa de Lina ya la consideraba, tal vez, frívola, pero ahora le otorgaba una categoría moralmente⁴ superior: maligna. Y eso, en un hombre con principios morales tan difusos como los de Evaristo, significaba decir mucho.

¹ Cabe decir que un café solo con mucho azúcar es una de las mayores expresiones de paradoja que puedan ser observadas. Se presupone que el deseo de no querer combinar a este estimulante con leche o más agua, significa un aprecio por el gusto, en muchos casos, robusto y fuerte del café. No obstante, al emplear una cantidad elevada de azúcar no solo se contrarrestan estas propiedades citadas, sino que se consigue un resultado en el sabor muy diferente. E, incluso, también en el efecto estomacal: puede ser un gran laxante.

² ¿Añade algo aquí el “absolutamente”? No se puede confirmar que sea así, pero la ancestral apelación del hombre a la esencia se resume en vocablos hoy huecos como es este mismo. Así que, de alguna manera, quizá al menos sirva para dar mayor rotundidad a una evidencia. O pretenderlo.

³ Se podría decir que la “chica de sus sueños”, es una recurrencia tan común, tan ingenua que, por ello, está denostada. En el caso de Evaristo también se puede decir lo siguiente: fue la chica de sus sueños desde el momento en que la vio. Entendiendo este momento como el de la figuración/formación de sus sueños.

Quizá si hubiera comido un poco menos, o mucho más, o si se hubiera visto de nuevo aquejado por el dolor de su maltrecha rodilla izquierda, no hubiera sido esta chica sino una transeúnte más que

deambulaba por una calle céntrica a pleno sol.

⁴ Inmoralmente, para ser precisos.



2ª parte: Eric

1)

Parecía un ganador. Lo que a menudo se entiende como un ganador. Era rápido en la toma de decisiones, contundente, no perdía su objetivo de vista, era lenguaraz o parlanchín cuando era necesario y, sino, parco en palabras. En fin, se mostraba sin temor ante nada y ante nadie.

Parecía un ganador. Se ganaba muy bien la vida, era el orgullo de sus padres y la admiración (o, más bien, la envidia⁵) de buena parte de sus conocidos y allegados.

Su puesto recibía una denominación tan extraña que parecía una diatriba. Pero a él, quizá por eso, le gustaba que lo llamaran “intermediario”. Eso es lo que hacía: intermediar entre empresas. Cuando alguien no sabía a quién comprar o a quién vender, ahí estaba él. Más aún: cuando alguien no sabía qué comprar o qué vender, ahí estaba él. Lo de menos era si su trabajo aportaba algún valor añadido en la relación comercial, lo relevante era que lo pareciera.

Ser intermediario le instaba, quizá, a vivir siempre entre dos aguas: no era un hombre recto, pero tampoco pretendía desvanecerse en trivialidades sin valor.

Acostumbraba a tomar siempre el mismo desayuno, aunque no siempre de la misma forma y, sobre todo, nunca a la misma hora del día, ni con el mismo tiempo para hacerlo. Nunca llevaba su almohada con él pese a que, en el fondo, la necesitaba para dormir. Pero él era consciente de que no necesitaba dormir.

2)

Tenía cita a media mañana con la nueva directora general de una compañía de cuyo nombre no era capaz de acordarse. Le llamaba mucho la atención una cuestión: se dedicaba a la fabricación y venta de marfil sintético. Eric

desconocía la existencia de algo así, pero ello no significaba, por supuesto, ningún impedimento para poder desarrollar su labor.

La nueva directora, Lina, le pareció una persona realmente curiosa. Daba la sensación de tener las ideas muy claras en lo referente a su empresa. Quería llevar a cabo una política de expansión empresarial muy ambiciosa y revolucionaria. Sin embargo, Eric percibía en ella algo extraño, algo rígido que chocaba. Parecía no haber nada por detrás de esa ambición laboral. No obstante, él era simplemente un intermediario y, ni por asomo, querría comenzar a valorar en ningún sentido la vida de una mujer que, por otra parte, concebía como bastante atractiva. No sabía si entraba dentro de su espectro de mujeres guapas, tenía que valorarlo con más detenimiento, pero la veía, al menos, interesante.

Estuvo reunido con ella durante bastantes horas y hubo que pedir algo para comer rápido. Al principio, no contaba con ello. Ni con tardar tanto, ni con comer rápido ni, por supuesto, con comer con ella.

Pero tuvo la sensación de que ese tiempo no fue en balde. Iba a poder ayudar a la empresa de Lina a multiplicar su mercado. No sabía aún cómo, pero sabía que no le iba a resultar muy difícil.

3)

Le gustaba abusar de su cuerpo. Como persona extrema que era, no consideraba que una expresión como “hacer ejercicio” tuviera mucho sentido. Al menos, tal y como la mayoría de personas consideraba “hacer ejercicio” : es decir, como un mantenimiento básico, como lavarse los dientes 2 o 3 veces al día. Como algo que se deba combinar con esas vidas sedentarias que se asumen como inevitables y que, por tanto, requieren de un contrapeso que reduzca la propensión a la obesidad, las enfermedades cardiovasculares e, incluso, la deformidad.

Por su trabajo, la mayoría de días no podía hacer más “ejercicio” que el de ir para arriba y para abajo cual correcaminos. Pero cuando le era posible, los días que se le iban apareciendo esporádicamente como libres, solía abusar de su cuerpo. 3, 4 o, incluso, 5 horas de bicicleta por puertos de montaña de diferente categoría que lo dejaban en un estado de semiconsciencia placentera.

Porque hallaba el placer, sin duda. El placer de sentir su cuerpo intensamente, hasta el último músculo, hasta la última articulación, hasta aquello que no recordaba que poseía. El nexo común era, por supuesto, el dolor. El dolor y la fatiga. El dolor, la fatiga y el cansancio. Es decir, el sufrimiento. El sufrimiento físico elevado a la máxima potencia. El abuso del cuerpo hasta el límite marcado por esa semiconsciencia antes referida. Esa semiconsciencia era el summum: el punto álgido de la sensación, de la propia consciencia del cuerpo, de su animalidad y su pertenencia a este mundo terrenal y carnal del cual, a veces, parecía desarraigarse.

En eso era, probablemente, bastante diferente de la mayoría de “ejercitadores” de su cuerpo. Los unos querían tonificar su cuerpo sin que llegara a doler, los otros preferirían pasar el límite establecido por la semiconsciencia para pasar a no sentir. Pero Eric quería sentir y, por eso, buscaba esa cúspide que se hallaba en la intersección entre la sensación plena y la anestesia de su cuerpo.

Porque el cuerpo tiene también sus límites: y no puede sentir por encima de ellos. Al borde de esos límites, Eric hallaba el placer del sufrimiento. El placer, al fin y al cabo, de cerciorarse de que estaba vivo.

4)

La mermelada tiene una larga y bella historia tras de sí.

Es una historia que se remonta a miles de años atrás, y se origina por la necesidad que tenían nuestros ancestros de poder conservar alimentos. Acceder a productos frescos a diario era muy dificultoso, y, quizá, en algún momento se diera el caso de que sobraran frutas de una cosecha reciente. No hacer nada con ellas era equivalente a perderlas para siempre. Así nació la mermelada. De la ingeniería de conservación de los alimentos. De la certeza de que el desperdicio no era una posibilidad. De un amor simple por la vida.

A día de hoy, una parte importante de las poblaciones humanas ya no necesitan mermeladas: acceder a fruta fresca a diario es una posibilidad real. Sin embargo, se siguen vendiendo, se crean a propósito: no para no perder un alimento, sino por el gusto de poseer otro.

Tiene algo de poético pensar que, en realidad, tras el gusto de hoy por la mermelada, hay la satisfacción por el buen hacer de antaño: por saber que su

creación y su invento fue algo realmente importante. Realmente necesario. Quizá por eso, mientras menos nos agarramos a estas necesidades, mientras con más frecuencia vemos como cosechas enteras se dejan perder, se tiran o se destruyen porque “no merece la pena” sacarlas al mercado, se degusta en la mermelada una dosis enorme de nostalgia por aquello que fuimos y pensamos.

La mermelada aguarda tras de sí, efectivamente, una gran historia. Una historia previa a los conceptos. Previa al sentido del beneficio, del margen y de las fluctuaciones. Una historia que ya no parece humana, o que lo era tanto que, quizá por ello, ahora nos abruma.

Que se siga consumiendo hoy, no es sino el mayor tributo a otro ser diferente. Que se siga consumiendo hoy, es la prueba de que nos arrepentimos de mucho, aunque no cambiemos nada.

5)

Era una *rara avis*, su nieto le parecía feo. No le costaba nada, en contra de la tradición popular, reconocerlo. Ni decirlo. Fue siempre una mujer con ansias de comunicación: la verdad debía ser transmitida. Y de igual forma que no soportaba que las demás mujeres hablaran de sus nietos como auténticos Adonis, tampoco podía ella faltar a la verdad y decir que su nieto era guapo, porque no lo era. Aunque ella tuviera permiso para mentir deliberadamente en este caso, no lo iba a hacer. En ningún juicio se le podría reprochar que ella defendiera a su nieto fuera de los límites de lo razonable. Pero ella no quería hacer uso de tal privilegio. Y no porque no quisiera a su nieto, por supuesto, sino, simplemente, porque no veía motivo alguno para mentir.

Pero, afortunadamente, nunca tuvo que parecer demasiado dura o malvada con su nieto debido a que este tenía otros talentos que ella sí que sabía reconocer. Era un gran hombre. Un hombre de negocios, trabajador, persuasivo, convincente y ambicioso. No podía conocer los detalles de su trabajo, porque no tenía acceso a ellos, pero sabía reconocer en él una predisposición enorme: se le veía en la mirada.

Cuando estaba en su lecho de muerte solo le quedó por resolver un asunto en lo que respecta a su nieto: quería que diera el paso con esa chica que había conocido poco antes, Lina. Sabía que ella era una persona diferente. Como su

nieto. Y pese a que no llegó a analizar en profundidad si esas diferencias eran de una tipología similar y si, por lo tanto, en la jerga moderna, “eran compatibles”, sí que tuvo la corazonada de que Lina podría significar aquello que le faltaba a su nieto desde hacía mucho tiempo.

6)

Él concebía la forma de afrontar la vida de cada persona como un videojuego de plataformas. Aunque pudiera parecer algo cómico cuando lo contaba, no encontraba mejor extrapolación posible.

Los juegos de plataformas, decía, representan mejor que nada lo que significa la vida para una persona. En ellos se debe saltar desde una superficie (plataforma) y llegar a otra. Hay muchas variedades, niveles de dificultad, situaciones diferentes, etc. Pero la esencia de todo se resume en algo sencillo: un salto tras otro. En cada salto, por supuesto, se halla la posibilidad de no conseguir alcanzar la otra superficie. De hallar un obstáculo o de, directamente, caer.

Pero lo importante, más allá del resultado final, es la actitud con la que se encara el salto. Muchas personas se ponen nerviosas y, como si olvidaran que, en realidad, no tiene trascendencia alguna ese salto para sus vidas reales, afrontan con agitación ese momento: sienten pavor a caerse. No quieren afrontar esa realidad sin garantías. Sin otra vida, sin otra oportunidad.

En cambio, otras personas abordan el salto con un único pensamiento en mente: llegar a la otra superficie. No son capaces de ver el vacío que les separa porque ese vacío no es, en sentido propio, nada. Ellos anhelan conseguir el objetivo propuesto y los obstáculos solo se ven como eso, como obstáculos. Puestos para ser superados, sin sentido por ellos mismos: solo cabe proseguir.

Eric, que defendía esta idea con ahínco en sus conferencias de “coaching”, sabía que, a decir verdad, siempre había pasado más tiempo siendo del primer tipo de personas que del segundo. Anhelaba, que duda cabe, ser como aquellos que no ven nada más que el objetivo final pero, a decir verdad, nunca lograba esto de primeras. Y, por lo tanto, en realidad no lo conseguía. Se tenía que mentir a sí mismo, tenía que llegar a sufrir lo indecible, se autoengañaba, anestesiaba su pánico: pero este siempre quedaba ahí.

Su filosofía, ejemplificada en los juegos de plataformas, la concebía como una verdad sin paliativos. Aunque con un pero. Mientras que en su “coaching” trataba de convencer a los asistentes de que uno podía pasar de ser de los temerosos a los calmados, en su vida real sabía que o se era de los unos o se era de los otros y que, a lo sumo, cabía engañarse.

Él sabía que, para siempre, sufriría cuando Donkey Kong tuviera que realizar ese salto que lo separaba del siguiente barril.

7)

Lina pidió reunirse con él de urgencia. Lo cierto es que, pese a que él oyó algo acerca del escándalo de los niños que afectó a su empresa, noató cabos en un primer momento sobre el motivo de esa reunión.

Ella le dijo que, desgraciadamente, no iban a poder hacer negocios juntos ya que la junta de accionistas de su empresa había acordado destituirla de su puesto de directora general.

Eric se apenó por su situación, aunque ella no quiso añadir dramatismo a la escena: le recalcó su buena situación económica por la indemnización pactada, le agradeció su interés y se lamentó por la oportunidad de negocio que le había hecho perder.

Por algún motivo, Eric, que apenas estuvo escuchando a Lina más de un minuto, le dijo que, en ese caso, quizá sería bueno que quedaran para celebrar el fracaso de sus negociaciones.

“¿Celebrar un fracaso?” Más o menos, eso tuvo que ser lo que pensó Lina en ese momento, pero a Eric no se le ocurrió nada mejor que decir para conseguir una cita con ella.

Sin cuestionar públicamente lo pertinente que podía ser “celebrar un fracaso”, Lina aceptó. Tampoco sabía muy bien porque. Hasta el momento no se había creado ningún juicio de Eric en su cabeza, solo había pensado en él en un sentido estrictamente profesional⁶.

Ni siquiera se había podido dar cuenta de algo que la abuela de Eric tenía muy presente: era feo.

8)

No se puede decir que Lina le gustara mucho. O, quizá, ni un poco. La había visto atractiva, es cierto, pero no había pensado apenas en ella hasta el momento en que le dijo que había sido destituida.

No sintió lástima alguna por ella, no la creía merecedora de ella. Era una persona en una buena situación y no parecía tan débil como para necesitar una gran ayuda para superarlo.

Sin embargo, pasó algo en ese preciso momento: la vio como mujer. Ante todo, como mujer. Como él podía ver a las mujeres: fruto de su deseo. Él era consciente de que eso era, tan solo, una parte de la realidad o, incluso, solo su realidad. Que ser mujer era mucho más, o tenía que ser mucho más, que ser fruto del deseo de nadie. Pero no podía remediarlo: en cuanto dejaba a un lado las relaciones profesionales, para él, las mujeres solo podían ser fruto de su deseo. O de la falta de él, por supuesto. Su fealdad (de la cual era también muy consciente: pese a que hacía méritos para que los demás la dejaran de ver) no le impedía ser un sibarita de la erótica, la estética y la retórica sexual. Le gustaban solo unas pocas mujeres. Las demás, no.

Su abuela era esa excepción que todo hombre como él solía tener encarnada en, al menos, una mujer en su vida: no podía ser ni objeto de su deseo, ni había detrás de ella interés comercial alguno. Era su gurú. Aunque, claro está, quizá fuera más fácil expresarlo así: su abuela no era una mujer, sino su abuela.

Ella veía con buenos ojos su cita con esa chica porque, pese a que sabía de buena tinta que tenía relaciones con multitud de mujeres, esta debía ser diferente en algo: por algún motivo le había hablado su nieto de la existencia de esa mujer, cosa que hacía años que no pasaba.

9)

La pasión sexual: había olvidado que en ella se hallaba su forma de poder desarraigarse de esas cadenas que la ataban, irremisiblemente, al mundo, a la esencia de la vida. Ahora ella recordaba que no quería la esencia de nada. Quería, como seguramente todo el mundo, a la vida misma.

No en balde, por algo los franceses llaman al momento posterior al orgasmo *la petite mort*. Era así como ella lo sentía ahora: era la sustracción

plena al peso de su vida. Ni siquiera se acordó de su querida almohada cuando retozaba con Eric. Porque le encantaba retozar con él.

Ella, su amor pasado y no-realizado, le había dado fuerza para arraigarse a una vida de éxitos.

Él, Eric, le había quitado toda esa enorme losa de encima. ¿Y solo con sexo? El problema está en, quizá, utilizar la expresión “solo”. Lina tenía claro que aún ni podía decir que Eric le cayera bien. Pero sí que podía decir que le parecía un amante excepcional y que le había reingresado a lo corpóreo: a aquella vida que tenían los que hacían las primeras mermeladas, sin esperar otra cosa que aprovechar lo que se tiene, sin tener otras variables en mente. Ella y él, gozando, sollozando de placer, una vez tras otra, y cada vez más.

Así comprendía la ligereza de la vida y, por tanto, la menudez de la muerte: porque morir poco a poco, de tal forma, no podía tener ese sabor tan amargo, porque conociendo a su cuerpo de nuevo nadie le podría engañar: solo con él podría embriagarse o dejar de hacerlo. Solo con ese cuerpo suyo podría vivir. Solo con ese cuerpo podría disfrutar.

10)

Donkey Kong estaba a punto de saltar. No quedaban compañeros, ayudas, ni más vidas. Era un salto definitivo: o llegaba o no llegaba.

Se veía complejo, no había obstáculo alguno, solo vacío puro, pero la distancia parecía enorme y él no sabía como otorgarle el coraje necesario a su personaje para poder hacerlo.

Como si el propio dibujo hubiera recibido los titubeantes estímulos de su jugador, cayó. Ni siquiera quedó cerca del objetivo final, simplemente: cayó. Fue un tropiezo. El pavor inundó la pantalla y no pudo proseguir.

Él se enrabetó profundamente. Primero con la pantalla, luego con el mando y, por último, consigo mismo. Se sintió ridículo y cobarde, no comprendía tanto temor a algo que no tenía consecuencias. Pero no quería que Donkey Kong cayera y, en su mundo, eso era fatal: el corazón en un puño por una animación.

Pero él sabía que había más, que no era esto, únicamente, un juego de plataformas.

Donkey Kong estaba a punto de saltar. Sin compañeros, sin ayudas, ni más vidas. Era un salto definitivo. Saltó: esta vez apenas se movió, ya ni se avistaba el objetivo. No se puede decir que ni cayó, simplemente: fracasó.

11)

Tenía una reunión muy importante a primera hora de la mañana.

Una empresa del sector de la alimentación industrial⁷ requería de sus servicios para ampliar su distribución en supermercados.

A media reunión, su secretario entró y le dijo que había una chica fuera esperándole. Era urgente.

No quería salir, su urgencia era quedar bien con los futuros clientes pero, no obstante, salió: no quería dar oportunidad a ser el hombre descorazonado del año.

Era, como ya preveía, Lina. Y, como también preveía, no había nada urgente que ella tuviera que decirle. Era algo que tenía bastante claro de antemano ¿Por qué iba a recurrir a él?

Simplemente fueron al lavabo. Era su deseo, el de ella. Aunque tampoco se puede negar que fuera su deseo, el de él. Fue rápido e intenso⁸. Copularon como posesos.

Lina se fue sin decir nada y Eric continuó con su reunión, obligado a hablar, pero sin tampoco poder decir nada.

12)

Hay una persona anósmica en una habitación, es decir, que es incapaz de poder percibir olfativamente. No puede oler nada. Esa persona eres tú. Tienes los ojos vendados, con lo que no puedes ver el gato muerto que hay a tu lado. Pero ya está en descomposición. Es desagradable de oler, pero tu ahora no lo puedes percibir. Al quitarte la venda, sin embargo, sé que sentirás repulsión. Y no solo por verlo ahora, sino por haber estado allí antes, cuando no podías verlo. Aunque no pudieras olfatearlo. ¿A qué se puede deber esto?

Eric no era muy aficionado a este tipo de juegos mentales, o, al menos, eso creía Lina. Nunca le había planteado hasta el momento ninguna estupidez

de tal tipo. Pero ahora que lo pensaba bien, no sabía exactamente si era porque se lo había planteado él o no, pero realmente no era un planteamiento tan estúpido. Eric concluyó, a su manera: el asco va mucho más allá de lo físico, de lo fisiológico. El asco mueve el mundo de los humanos y puede ser incluso un *a priori*. Nos da asco no solo aquello que percibimos desagradablemente, sino aquello que deberíamos haber percibido como tal. Esa fue su conclusión. Y Lina, a decir verdad, le daba la razón. En todo. No había discusión alguna posible.

13)

Abusar del cuerpo, tal y como a él le gustaba hacer, puede resultar muy gratificante pero, por supuesto, también conlleva riesgos.

En ese estado de semiconsciencia, se fue al suelo. Aunque expresarlo como “se fue al suelo” suena demasiado liviano: el choque fue importante. A una velocidad de unos 40 km hora, en pleno descenso, una caída como la suya era de la categoría de las muy importantes. Así lo acreditó su rodilla izquierda. Se fracturó la meseta tibial.

La fortuna se alió con él: su rodilla puso el empeño suficiente como para conseguir ser la única receptora de importancia en el fuerte impacto que sufrió. Apenas unos rasguños y hematomas en el resto del cuerpo.

El dolor, no obstante, pronto se volvió insoportable y él, que nunca fue muy de soportar, comenzó a desconfiar de su cuerpo. Estaba preparado para ese dolor fatigante de la semiconsciencia, pero la falta de costumbre le hacía más difícil digerir la nueva situación. De un momento a otro, para ahorrar esfuerzos y no tener que observar esta situación tan incómoda, decidió que lo mejor era tomarse el merecido descanso del guerrero (en este caso, del guerrero herido) , así que, antes de que Eric llegara a pensar en nada, su cuerpo apretó el botón de apagado, o más bien, el de hibernación, y se desvaneció.

14)

Entre sueño y sueño, surgía el recuerdo.

Recordaba a su abuelo.

Él era, según todos los criterios, un buen hombre. O, para ser más exactos, un hombre tranquilo. Muy tranquilo. En algún momento tuvo dudas sobre si su abuela lo quería pero, realmente, no cabía vacilar: había allí un afecto. Claro está, no era el afecto de la pasión desenfrenada adolescente, ni siquiera el amor de aquellos que acaban de casarse o tener hijos (si es que aún late su corazón en ese sentido y en ese momento). Pero era una forma de amor, por supuesto.

Lo recordaba comiendo. Su abuela siempre se quejaba de lo lento que era para comer pero, a decir verdad, eso no era del todo preciso. No es que fuera lento, como solía pensar su abuela, porque se centrara demasiado en ver la televisión (cosa que también hacía), sino porque era uno de esos hombres de masticación perfecta.

Ya no existen personas así, pensaba Eric. Su abuelo se había criado en una época en que la comida estaba a medio camino entre la escasez de antaño y la abundancia excesiva de hoy. Por eso, apreciaba la comida. Y su digestión. Masticaba cada bocado. Una y otra vez. Una y otra vez. Probablemente, su abuelo jamás reflexionó sobre su masticación y, quizá, ni tan siquiera le dio importancia pero, no cabe duda, le enseñaron a conciencia para ser un acólito de la perfecta masticación.

A Eric, cuando era un niño bastante pequeño, le gustaba parar de comer, pararlo todo, para escuchar la masticación rigurosa y ruidosa de su abuelo. Se centraba tanto en ella que le llegaba a molestar y, por ello, se veía con ganas de decirle que se detuviera. Pero, obviamente, no lo hacía. Por respeto y porque admiraba tanto a su abuelo que no hubiera tenido sentido censurar una nimiedad estética que, por otra parte, solo se podía reflejar desde la atención extrema. Quizá, reñirle hubiera sido un halago: el halago significado en el haber sido tan importante como para centrar toda la atención de su nieto, pero Eric nunca pensó en eso.

Con los años, dejó de prestarle tanta atención cuando comía (quizá, para evitar que su actitud pudiera parecer una falta de respeto). Pero cada vez lo admiraba más.

Ya no hay apenas personas que coman así. Y quizá por ello existan tantos problemas de todo tipo. Quizá por ello, incluso, nuestras almas queden embrutecidas: por el desprecio con el cual tratamos la comida. Ese proceso rápido, como si todo fuera un desecho, si que puede considerarse, y con razón, una falta de respeto.

15)

Lina fue a visitarlo al hospital.

Eso molestó un poco a Eric. Él consideraba que le estaba dando una importancia que no le correspondía al asunto. Eric hubiera comprendido que viniera a verlo por una enfermedad, o por una operación en que una víscera fuera protagonista, pero por una lesión en la rodilla, por importante que fuera, no consideraba entrar en los cánones que rigen la atención de una mujer que, por otra parte, seguía siendo semidesconocida.

Ella, en otro tiempo, tal vez no hubiera ido al hospital: seguramente hubiera estado muy ocupada. O quizá hubiera ido, pero únicamente por ese compromiso social que dicta que, en un caso así, se tiene que echar un vistazo y luego largarse.

Pero no hizo ni una cosa ni la otra. Puede que porque tuviera ahora demasiado tiempo libre, puede que porque Eric fuera diferente o, lo más probable, porque se entremezclaban en su vida estos dos y otros tantos factores que hacían que, ahora, a día de hoy, la salud de Eric (o la salud de la rodilla izquierda de Eric), colmara el centro de su atención.

Le trajo flores. Eric se extrañó. Para estos asuntos seguía siendo él un poco mojigato, cuando no clásico: o carcamal, incluso. Únicamente veía una situación posible en la que un hombre recibiera flores de su amada: en forma de corona.

Pero no. Lina no quería enterrarlo, simplemente, lo encontraba una buena forma de afecto. Tampoco lo pensó mucho: no hubiera comprendido porque tenía que pensar tanto para ir al hospital.

Eran tulipanes. Blancos. A decir verdad, a Eric le parecieron muy bonitos. Estuvieron hablando un rato, de esto y de aquello. Es decir: de nada concreto.

A los pocos minutos un médico les interrumpió. Le comentó su situación a Eric. Mañana le darían el alta, pero le advirtió de que, durante bastante tiempo, tendría que hacer rehabilitación. Hizo hincapié en todas las precauciones que tendría que tomar para no recaer de su lesión en la meseta tibial y tener una curación, sino pronta, al menos lo más pronta posible.

Después de esto, como si el médico hubiera significado una especie de *coitus interruptus* en su conversación, Lina le dio un beso en la frente (sí, en

la frente) y se despidió de Eric. No pasaría a recogerlo mañana (sentía que iba a incomodar a Eric, cosa que era bastante cierta). Quedaron en verse ya en casa de Eric, cuando estuviera acomodado y tranquilo. Y así fue.

16)

Su abuela se moría. Nadie lo decía aún, pero ella misma lo sabía. Con toda seguridad: esta vez, sí. No había dudas.

Él acababa de salir de rehabilitación. Estaba muy concentrado en recuperarse pronto. Pero cuando le llamaron, notó que toda la fuerza ganada estas últimas semanas en su rodilla izquierda se desvanecía por momentos. La sentía incluso aún más débil, incluso aún más dañada que cuando se cayó. Porque esto también era otra caída: pero se temía que en esta ocasión no pudiera hacer rehabilitación.

Llegó al hospital rápido y no dijo nada a nadie.

En la habitación estaba su abuela, sabedora de que tenía que guardar un mínimo de fuerzas para poder ver a Eric.

Pero no hubo dramatismos: nadie lloró, nadie se compadeció. Eric sabía que nunca podría superarlo del todo, pero como todo esto era algo que no podía evitar, eligió la armonía y la paz: sin duda, lo mejor para ella. Y sobre todo, lo mejor para él.

Eric avisó a Lina de que estaba en el hospital, más que nada para que no se extrañara de su ausencia comunicativa para con ella.

Aunque este no fuera su deseo, la reacción instintiva de Lina fue acudir rauda al hospital.

Lina llegó rápido, muy rápido. Pero la abuela de Eric ya había sido desconectada de la vida. Se durmió en un último sueño que se iba a confundir, inevitablemente, con la ausencia de sueño y vigilia.

Eric quiso irse con Lina a casa. Dijo que se debía a los vivos y se le escapó una lágrima. La primera que veía Lina en él. Y con el tiempo comprendería que era una *rara avis* que cabía inmortalizar, por su hermosura, en la mente.

17)

La vida anterior de Lina dio su último coletazo.

Tuvo dudas sobre si había, realmente, motivos para alegrarse. Cuando tuvo acceso a las noticias sobre esa vida anterior, pensó que alegrarse tenía un punto de excesiva perversión.

Sonia había muerto. No sabía más: ni sabía de qué, ni porqué, ni nada. Había muerto.

Probablemente, de haber sucedido cualquier otra eventualidad como, por ejemplo, el ascenso de la misma Sonia a Directora General, ella no se hubiera enterado. Pero una muerte, aunque sea sin causa conocida (o sin causa comunicada, más bien), siempre tiene otro cariz, otro peso y otro morbo.

Lina llegó a casa. Se quitó los zapatos, se sentó en el sofá y antes de seguir con su novela para desconectar de ese día y de esa información, pensó en llamar a Eric. Le comunicó que quería que se viniera a vivir con ella. No quiso argumentar más su posición: o pensaba que las evidencias estaban claras o no tenía ganas ni fuerzas para hablar más.

18)

La sensación de sentir su cuerpo plenamente vivo y radiante era para él inequívoco a cualquier otra cosa.

Sus habituales problemas digestivos se lo recordaban, muy a su pesar.

Pero había otras sensaciones en las que podía combinar la viveza de su cuerpo con otra gama de estímulos positivos. Como cuando presagiaba un cambio de tiempo al dolerle su muñeca izquierda. Tiempo atrás, tuvo una lesión, también por caída accidental, y, desde entonces, cada vez que cambiaba el tiempo, sobre todo si se avecinaba el frío, sentía un escalofrío y una leve punzada en su muñeca izquierda. A Eric no le gustaba decir que sentía dolor porque él, que nunca fue un hombre especialmente hábil y que, por tanto, se tuvo que familiarizar a la fuerza con el sufrimiento físico, no consideraba que esa pequeña molestia entrara dentro de la categoría de dolor. Por eso: punzada.

Se preguntaba, entonces, si se iba a ampliar su particular estación meteorológica con su rodilla izquierda cuando volviera a enfriar. Pensaba que, muy probablemente, en tal caso sí que sentiría con ella algo más próximo al dolor. Aunque, por los motivos ya de sobras señalados, tampoco

era algo que temiera: si podía recordar la grandeza de la vitalidad en cada tremebunda digestión, sin duda la hallaría en su rodilla izquierda.

19)

De joven le ilusionaba la posibilidad de salir con una mujer que no hablase su idioma. Le hubiera gustado. Aunque, realmente, lo que deseaba en su juventud era no conocer él la lengua que ella utilizaba.

Así, pensaba, todo sería más fácil. En el lenguaje está la clave. Ansia transmitirlo todo y él, en ocasiones, no tenía nada que transmitir. O no quería transmitir nada.

Si llegaran a un común acuerdo, con siete, ocho o, a lo sumo, diez palabras con las que comunicarse, le hubiera bastado. Estaba convencido de que no hubiera querido más.

Valoraba posible, así, una relación con menos obstáculos. Paradójicamente: más fluida. Menos estancada en lo que les pudiera separar o diferenciar y más centrada en lo que eran ellos mismos y en ese momento.

Pero, sobre todo, por encima de cualquier otra cosa, lo que más le fascinaba de esa hipotética situación era el hecho de poder adentrarse en sí mismo sin tener que compartirlo todo y a cada instante. Y la posibilidad, realmente bella para Eric, de pensar que ella estuviera haciendo lo mismo: de ver en su mirada algo de impenetrable, algo de incognoscible y deducir, inmediatamente, que se estaba adentrando ella misma en lo más profundo de su ser. Que estaba sola consigo misma. Que estaba en paz consigo misma.

Suspiraba, al fin y al cabo, por mantener lo desconocido y la diferencia. Visible, palpable. Como debe ser. Como debe fluir.

20)

Sin saber muy bien por qué, Eric se instaló en casa de Lina.

Ella le gustaba, eso era indudable. Pero lo cierto es que nunca se había mostrado muy predispuesto a convivir con ninguna mujer. Él había visto en esa actitud una angustia latente, inconsciente, pero que no estaba dispuesto a tratar: porque no había mayor tratamiento que conocer la situación, si es que se podía. Y él pensaba, con más o menos razón, que ya lo sabía todo. Que

podía acotar su zona de riesgo, la zona donde poder moverse de forma cómoda con las mujeres.

Pero, de cualesquiera de las maneras, en Lina había visto algo diferente. Para empezar, él, sin saber tampoco por qué, le había ofrecido salir en primera instancia. En una situación, quizá, algo inadecuada: en una reunión, teóricamente, laboral. Y, por tanto, en un ámbito inapropiado. Así que si ahora ella le ofrecía vivir con ella, tampoco podía juzgar Eric el momento como inapropiado.

Se instaló en casa de Lina, como se suele decir, “con lo puesto”. De alguna manera, le daba un carácter experimental a este paso y, por tanto, no quiso cargar con el peso de cientos de cosas (sobre todo, con el peso de lo que representaban) y se arriesgó a recibir alguna crítica por ser tan liviano en su mudanza. Pero no recibió crítica alguna.

Le recibió, nada más llegar, la perrita de Lina. Había sido recogida de una protectora pocos meses antes, aunque ya había habido tiempo suficiente para que se pudiera establecer una relación entre ella y Eric. En este punto, ya habían entablado algo parecido a una amistad.

Pero ahora era diferente. Iban a compartir estancias. No habían cohabitado antes en un mismo espacio (no de una forma duradera y constante, al menos). A decir verdad, Eric no había estado dentro de su territorio, aún⁹. Este hecho no debe pasar por alto porque, sin duda, el can iba a tener también un papel de juez: no le ladró, al menos. Se mostró muy observadora ante él pero no juzgó ni en positivo ni en negativo: ya habría tiempo para ello. Lina le recordó a Eric algo que ya sabía pero que, tal vez, ya no recordaba: que su perrita era “muy particular”. Con lo cual, Eric no sabía a qué tenía que atenerse a partir de este momento. Pero Lina tampoco.

21)

Lina vio a Evaristo por la calle e, instintivamente, quiso apartarse de él cruzando la acera. No obstante, no fue lo bastante rápida y se topó con él. Se saludaron cordialmente y se preguntaron por su situación actual. Fue una inutilidad, una hipocresía y una mediocridad, pensaba Lina.

Al irse, Lina no pudo evitar relacionar su encuentro con Evaristo con la muerte de Sonia. Aunque ella, cuando era directora general, no estaba al

corriente de muchas cosas que pasaban en la empresa y de todas las intrigas que se tramaban (como, por otra parte, no deja de ser lógico en quien ostenta poder), sí que intuía en ese momento, de alguna manera, la mala relación existente entre Evaristo y Sonia.

Lina comenzó a sudar. A chorros. Se fue rápido a casa, donde fue bien recibida por su perrita y por Eric, que acababa de llegar de trabajar. Ese fue su consuelo: esa vida ya había terminado.

⁵ A menudo se utiliza la expresión “envidia sana” para camuflar como admiración, lo que no es sino lo que parece: envidia. Como la mayoría de personas consideraría poco estético (o, incluso, obsceno) envidiar a sus allegados porque se presupone que deben desearles todo bien y no sentirse corroídas por ello, los términos compuestos como “envidia sana” han fertilizado muy bien en la mente de muchas sociedades. Pero la envidia, y eso es una cosa segura, es envidia. Igual que la admiración es admiración.

⁶ Se podría decir más: nunca había pensado, hasta ese momento, en él, sino en lo que él, de cara su empresa, representaba.

⁷ Nunca dejará de resultar sorprendente el empleo de determinadas combinaciones de términos: “alimentación industrial”, por ejemplo. Provoca una sensación extraña. De choque de contrastes. En este caso, da una imagen visual un tanto curiosa: como si todo lo nocivo que se le presupone a la Industria (porque de sus bondades ya hace tiempo que nos hemos olvidado, al parecer), lo estuviéramos ingiriendo vía oral. Con lo cual, sería muy raro que, algún día, alguien nos pudiera convencer sobre la existencia de cualquier beneficio de la alimentación industrial; ¿acaso hay fábricas de flores bonitas?

⁸ A menudo se presentan la rapidez y la intensidad como características que, difícilmente, van aparejadas y, por ese motivo, se remarca con un “pero” su relación: “Fue rápido pero intenso”. A decir verdad, siempre es más fácil que lo rápido se viva intensamente que no aquello que es lento, porque por más que nos pueda gustar esto último, su fuerza se va disipando en la prolongación: ya no es intenso.

⁹ Puede resultar extraño que Eric no visitara la casa de Lina en todo este tiempo, pero no debe resultar tan rara una actitud así, y menos si se entiende que, efectivamente, guarda una relación muy estrecha con la compañera cuadrúpeda de Lina: la respetaba y, sobre todo, quería evitar incomodidades innecesarias teniendo decenas de puntos de encuentro disponibles por doquier. Quizá esta justificación no sea cierta pero, en todo caso, es lo que Eric desearía, sin duda, que todo el mundo pensara.

Intermedio: Poros

ॐ (A)

Nadie se acuerda de Peritas. Y eso es una enorme injusticia. Él, que sin duda tuvo que soportar mucho.

Alejandro III de Macedonia aún estaba en la India cuando, para rendir tributo a su compañero equino muerto, fundó Bucéfala. Alejandro era un conquistador, un emperador. Y para un emperador clásico como él, la mejor manera de rendir tributo era legar un nombre para la posteridad: Bucéfalo acababa de morir, y su ciudad apenas nacía. Por eso Alejandro, sensible ante todo lo que afectaba a sus compañeros, fundó una ciudad en honor a su perro favorito, Peritas. En cambio, eso no fue suficiente: nadie se acuerda de Peritas, la ciudad, y, por tanto, nadie se acuerda de Peritas, el perro.

Sin embargo, se sabe que acompañó a Alejandro en su hostil viaje por el mundo. Pasó su vida entera cruzando fronteras, atravesando campos de batalla, cambiando el mundo de la época y soportando lo que, en definitiva, estaba fuera de los límites de un perro: satisfacer la voluntad de un emperador caprichoso.

Y, sin embargo, nadie se acuerda de él.

No, Alejandro nunca fue a sus lomos . No, Alejandro no ordenó a sus falanges por la disciplina de Peritas. Pero a veces se pasa por alto un factor que va más allá: ¿en quién pudo hallar consuelo todos esos años Alejandro, cuando su voluntad se hallaba sola e incomprendida? No, no podía ser en sus generales. No, no podía ser en Bucéfalo. Todos ellos fueron herramientas, pero Peritas estuvo allí no para ganar combates, no para ampliar el imperio sino para algo más relevante: para que Alejandro no se desmoronara.

ॐ (I)

¿Qué estaría pensando Poros cuando vio a Alejandro? Él era un gran rey, pero nunca nadie había viajado desde tan lejos para visitarlo. Eso le podía halagar. Y más aún si pensamos que lo que Alejandro quería era conquistar lo que le pertenecía: su reino¹⁰.

Pero, ¿qué vería Poros en el rostro de Alejandro? Es complejo averiguarlo. Probablemente: en su iris vio su angustia. ¿Por qué se hallaba en la India? ¿Por qué continuaba? No vivió como un rey, no le dio tiempo.

Y lo que es más importante, ¿qué vería Alejandro en el rostro de Poros? En los ojos de Poros se podía notar, a buen seguro, una buena dosis de lástima. Lástima por quién llevaba años vagando por todas las tierras, en búsqueda de aquello que se había dejado en la suya propia, en el origen.

Por Alejandro, el budismo es un poco griego.

Por Alejandro, la nueva palabra se escribió en griego.

Pero, ¿que le quedó de todo eso al propio Alejandro? ¿La complacida y necesaria mirada de Poros?

Poros no perdió nada. Y Alejandro sí, porque: *“Aunque fueras a vivir tres mil años y otras tantas veces diez mil, recuerda, sin embargo, que nadie pierde otra vida que esta que vive, y no vive otra que la que pierde.”*

ॐ (U)

Para el reino de Pauravas, al Oeste del Indo había la nada. Pero un día todo cambió.

Ban Chao, intentó conocer Roma y fracasó.

Pero antes de eso, Alejandro continuó andando. Siguiendo a Machado, construyó el camino al andar. Ya había perdido las referencias que le instaban a continuar.

Poros se encontró, por tanto, ante algo diferente. No venían a requerirle una disputa por lo suyo. Venían a conocer. A conocer al modo alejandrino: a conquistar. Tierra por tierra. Nada más. Gloria por gloria. Y punto.

Poros desconocía qué lugar ocupaba Alejandro en el Brahman. El Todo quería volver a fundirse en el Todo, tal vez. Un solo imperio. Un solo hombre. Una sola voluntad. Pero eso no podía ser. Esa fue una piedra de toque histórica: quizá, la esencia del Todo no era tal. Quizá no hubiera esencia. Quizá no hubiera todo. Quizá solo se trataba de conocer.

¹⁰ No es baladí que hoy en día se siga utilizando el vocablo *conquista*, como símil de la seducción. Al fin y al cabo, ningún conquistador puede negar un aprecio por el objeto de su conquista. Aunque ese aprecio solo se refiera al aumento exponencial de su ego, el conquistador requiere de la conquista para hacerse valer con lo que, si es inteligente, considerará como valioso el terreno conquistado.



3ª parte: Mafalda

I)

Era terriblemente cariñosa, pero siempre justa: dosificaba su cariño en función del mérito. Nunca renunciaba a su orgullo, y no estaba dispuesta a que nadie, fuera quien fuere, pudiera hacerle renunciar. Desde siempre fue así, y siempre sería así.

Se mostraba siempre vivaz o, cuanto menos, proactiva: dispuesta a generar movimiento. Pero también demandaba paz. Iba con su carácter.

Quizá se le pudiera afear su capacidad de juzgar a todos y a todo. Pero lo cierto es que su vida le había dado pie a ello y potestad ante los demás para poder juzgarlos. Se lo había merecido y le servía de defensa. Además, parecía poseer la sabiduría necesaria para detentar ese poder.

Cuando Lina fue a recogerla, Mafalda tenía apenas un año y medio pero, en ese escaso tiempo (a escala humana), Mafalda ya había sido abandonada en dos ocasiones, que se supiera.

Lina comprendió, por tanto, desde el primer momento las exigencias de Mafalda y las sobreponderó: la trató como a una pequeña reina. Una reina ilustrada, eso sí. No le iba a otorgar privilegios despóticos, pero sí que le iba a ofrecer la posibilidad de tener opiniones vinculantes en las decisiones importantes de la casa. Sobre todo si pudieran afectarle a ella, por supuesto.

Mafalda se adaptó bastante rápido a su nuevo hogar y pudo ejercer, por tanto, sus funciones desde el primer momento.

Su primer objetivo, en cada paseo, iba a ser el de minimizar los decibelios de los parques infantiles y hacerle ver, también, a cada niño que jugar con una pelota en los pies no era digno o sensato de ningún crío. Quizá, por eso, a cada pelota le correspondía un ladrido.

II)

Mafalda compartía con Lina un enorme gusto por la monotonía. Por la monotonía bien entendida, claro está.

No es que fuera aburrida o no estuviera dispuesta a moverse y a hacer lo necesario por ella y por Lina pero, a decir verdad, ansiaba la rutina marcada: quería siempre su espacio para la siesta, la televisión, su largo paseo nocturno, etc.

Era una perra de costumbres. En eso, probablemente, no difería en mucho de la mayoría de sus congéneres pero, quizá, eso fuera así, al fin y al cabo, porque ella nunca se planteó ser otra cosa diferente a un can.

De todas maneras, tenía sus peculiaridades. Tal vez sea exagerado calificar a una perra de excéntrica pero sí que es cierto que valoraba mucho la forma, y no solo el contenido, al realizar sus quehaceres: determinadas calles en su paseo estaban vetadas, así como lo estaban determinadas cadenas televisivas en su esparcimiento interior y, por supuesto, cualquier sitio no era lo suficientemente bueno para una siesta.

Pero a Lina le encantaba Mafalda. Disfrutaba del placer de su exigencia. Ella, que siempre había estado exigida y a disgusto con sus rutinas, había aprendido a valorar lo agradable que podía ser cumplir con el *modus vivendi* de Mafalda. Porque si una cosa tenía clara era que si su perrita estaba bien, ella conseguía estar bien: ese poder, sin duda, sí que lo tenía Mafalda.

III)

En las heces está la clave.

La humanidad ha pretendido elevarse tanto, tanto y tanto que se ha olvidado de la mierda. Porque hasta duele pronunciar su designación vulgar. Heces, quizá, alivie un poco la cuestión. Pero el fondo sigue siendo el mismo: nadie quiere mirarlas, nadie quiere hablar de ellas, porque son, según se dice habitualmente, desechos. No se puede extraer de ellas ningún conocimiento provechoso. Pero en ellas está el testimonio principal de la corporeidad humana. La muestra de que los humanos somos cuerpo, efectivamente.

Ellas pueden hablar de nuestro estado de salud e, incluso, de nuestra situación emocional (y todos podemos saber porque).

Si se hubiera hecho el sano ejercicio de comenzar, quizá hace siglos, una filosofía de la mierda, tal vez, el ser humano no se hubiera desvirtuado tanto.

Desvirtuado en sus pretensiones, en su arraigo, en su terreno, en lo que desea y deja de desear. La plenitud que busca, la inmortalidad, el poder o el ansia de obtener. Todo eso no está, afortunadamente, en las heces. Por eso ya no nos preocupan: porque no nos dicen nada de lo que queremos saber.

Las heces son el recuerdo de la ligereza de todo. Y de su compleja simplicidad. Se absorben nutrientes, se sintetizan de la mejor manera posible, y, cuando no se puede aprovechar nada más, se evacua. En la búsqueda por la supervivencia, este mecanismo es la clave: ahí radica la necesidad de comprender la levedad, la necesidad de saber desprenderse de aquello que ya no va a hacer ningún bien.

Se trata del desprendimiento y no del despojo. Se trata de lo simple y no de lo complicado. Se trata de la vida y no de la inmortalidad.

Por eso, aunque tal vez Lina no lo sabía, Mafalda era tan importante para su vida. Y por eso, aunque seguro que Lina no lo sabía, había una cierta sonrisa en ella cada vez que ayudaba a Mafalda a desprenderse de aquello que, por otra parte, ella, como cánido, sí que entendía como importante.

IV)

Le gustaba tumbarse en su pequeña cama a ver la televisión. A veces, incluso lo hacía en el sofá (dependiendo del estado de ánimo de Lina, y de las ganas de Mafalda de soportarla).

Cuando daban una película, sus ojos se centraban tanto en la pantalla que, poco a poco, se le veía decaer por exceso de concentración.

Había en ella una curiosidad latente por el aparato emisor de rayos catódicos. Y su atención no podía ser puesta en tela de juicio. Para muestra, un botón: siempre que en una película, alguien (fuera quien fuere), se atrevía a decir “negrata”, Mafalda ladraba. Como si, de alguna manera, ella estuviera dispuesta a combatir el trato denigrante, injusto pero, sobre todo, descortés, que esa palabra connotaba. Era una apelación que le aborrecía. Se podría decir que, para Mafalda, “negrata” era un vocablo esencialmente malo. Sin contexto posible en el que se pudiera rebajar tal exigencia.

Porque ella tenía un espíritu enérgico. La clase de espíritu que no comprende el reproche baladí e injustificado. Por eso no siempre estaba en el

sofá con Lina: no le iba a consentir que su agrio carácter le pudiera afectar, no siendo ella causa alguna en ese carácter.

V)

Mafalda refunfuñaba. Hacía poco tiempo que había llegado a casa. Apenas se comenzaba a adaptar a su nueva situación y ahora Lina traía a casa, cada dos por tres, al chico nuevo.

Mafalda había tenido siempre una relación controvertida con los machos.

Era la única hembra de una camada de 4 carlinos y, claro está, eso le forzó a tener que sacar a relucir todo su carácter. Siempre había muchas tensiones. De todo tipo.

Para cuando ella pudo tener algún interés en los machos, aunque ya solo fuera en aras de perpetuar la especie, fue abandonada por primera vez y, por tanto, esterilizada en la protectora. Era el protocolo. Lo cierto es que a ella no le pesó demasiado, pues nunca pensó en mantener una relación muy cordial con ningún macho pero, a decir verdad, ese suceso le impidió ver en ellos un objetivo de cualquier tipo.

Eric no estaba acostumbrado a relacionarse con perros. No era malo con Mafalda. Todo lo contrario. Para ser francos, habría que decir que ella era conocedora de una gran verdad: podía hacer con Eric lo que quisiera. Si Lina no veía un trato adecuado para con ella, el futuro de Eric sería incierto. No es que pudiera Mafalda estar segura de la lealtad de Lina, habida cuenta de los precedentes en cuanto a fidelidad se refiere en su vida como can, pero presumía que, al menos, Eric sí que sospechaba de esa fidelidad. Eso le bastaba: nunca tendría en Eric a un enemigo. Y dado que la crueldad no formaba parte de la idiosincrasia de Mafalda, intentó recibirlo del mejor modo posible. Pero siempre con justicia, por supuesto. No le iba a perdonar nada, pero tampoco lo iba a condenar de antemano. Si Lina le había visto algo a ese chico, ella tenía que darle una oportunidad: le invitaría a ver la televisión en el sofá con ella, le dejaría que la paseara y la acariciara e, incluso, si Eric se viera en una situación excepcionalmente incómoda, estaría dispuesta a ir a recogerle un palo o juguete previamente lanzado (Mafalda esperaba no tener que verse en esa tesitura, dado que no iba mucho con su

cáncer los juegos relacionados con la reiteración persistente en el lanzamiento y la recogida de objetos).

Lo cierto es que, bien mirado, quizá no había tantos motivos para refunfunar: la paz que Eric le podía quitar se podría ver compensada con creces a través de su cuidado y protección, cuando no de su adoración incondicional.

VI)

Lina estaba leyendo una introducción al pensamiento oriental de Jesús Mosterín: *“India: Historia del pensamiento”*. Era uno de esos libros generales pero que, de alguna manera, hacían fluir los conocimientos. O eso pensaba Lina.

Mientras leía, vigilaba con el rabllo del ojo a Mafalda. La pequeña can se hallaba en su tiempo de inter-siesta: después de una primera siesta obligada posterior a la comida, se solía despertar a medias, quedándose tumbada con sus patas en posición de rana, pegada al suelo y con los ojos entreabiertos, dando cabezadas. Primero una, luego otra, y así sucesivamente hasta que, la mayor parte las veces, se volvía a dormir. En alguna ocasión: ¡se levantaba corriendo como si se hubiera dejado un fuego encendido en la cocina!

Lina la miraba mientras leía una sucinta introducción a los conceptos de samsara y brahman, la visión de una conciencia universal y la idea de la multitud de reencarnaciones que se sucedían, una y otra vez, una y otra vez. Y mirando a Mafalda, pensaba, aunque tal pensamiento careciera de importancia alguna, en qué habría sido Mafalda anteriormente. Qué vida habría tenido.

Se imaginaba una princesa. Una bella princesa oriental. De alguna forma, a este pensamiento estetizado le veía un gran inconveniente: si entendía bien el funcionamiento de las reencarnaciones kármicas, pasar de princesa a perrita, significaba que había sido una mala persona. No había hecho las cosas bien.

No obstante, Lina no lo veía tan claro: no creía que Mafalda hubiera sido una mala persona, quizá, si acaso, una princesa incomprendida. Tal vez, con algo de mala suerte. Pero tampoco: porque, quizá, toda la teoría kármica partía de un error fatal: estimar la vida humana como el paso último, el

escalón superior. Mafalda fue, sin duda, una gran princesa en su vida anterior: noble, agradecida, instructora, inspiradora, etc. Por eso ahora era quién era. ¡Esto era un ascenso! Ella tenía claro la suficiencia de Mafalda, solo una perrita como ella hubiera aguantado tanto sin abandonar su sentido de la justicia. Estaba claro, el karma premió a esa maravillosa princesa con la paz de esta majestuosa carlina. El colofón, pensaba Lina, había sido la dura vida de Mafalda: de ella aprendería lo poco que le faltaba para poder ser totalmente justa. Y ahora ya lo era, sin duda.

VII)

Lina había entendido que no había ningún otro estimulante en la vida como la enfermedad.

La enfermedad promueve la acción. Baja del pedestal a las personas. La baja de la postergación constante o de la relajación de pensar que siempre habrá tiempo. La muerte es, quizá, el mayor dinamizador a tales efectos pero ella nunca se acaba de hacer presente: y cuando se hace, ya nada se puede revertir. Pero la enfermedad... ¡Ay, la enfermedad!

El miedo a caer enferma le hacía actuar más rápidamente, de una forma más ágil, más proactiva, pero, también, más bella. Y pasar la enfermedad le daba perspectiva: de la importancia de los pequeños gestos.

En este momento, por ejemplo, Lina no era capaz, ni tan siquiera, de fijar la mirada en el televisor.

La gripe estaba arrasando con ella. Solo encontró comprensión en Mafalda: ella entendía su gestualidad, ella entendía sus sudores y sus ojos. Porque Mafalda, claro está, entendía la enfermedad. Siempre fue robusta, pero aprendió a observarla en los demás. Porque ella era simple: observaba. Y muchas personas ya no observan: quieren analizar. Pero la cara de Lina era un poema muy claro: un poema sobre el sufrimiento físico más elemental. Sobre algo que no parece pasajero hasta que, efectivamente, se ha ido.

Eric no pudo comprobar tan majestuosa sintonía: Lina se apiadó de él, le dijo que no viniera a verla en unos días. Que sabía que tenía mucho trabajo y que, además, ella no se encontraba muy bien. Quiso ser a la vez benevolente con Eric y su empleo, y sencilla, prudente, no-alarmista. En definitiva, quiso ser como Mafalda: justa.

VIII)

Eric apenas había mantenido relaciones estables con ninguna mujer porque, en realidad, apenas había mantenido relación estable con el amor. Su conexión con tal sentimiento la sentía como difusa: quizá se cerró demasiado, quizá tuvo otros intereses o no se dio la oportunidad. En cualesquiera de los casos, tampoco había pretendido querer nunca a Lina, ni tan siquiera cuando le propuso salir la primera vez. Pero pese a su “inexperiencia” (entiéndase la expresión), lo cierto es que sí que notaba algo diferente: no parecía hambre, así que intuyó que podía ser amor.

Por como ella lo miraba a él, parecía recíproco. Él intuía que, aunque quizá fuera por otros motivos, Lina también había mantenido una relación algo tirante con el amor. No se equivocaba. Y, sí: efectivamente, ella lo amaba. Tal vez no sentía lo mismo que él. A ambos les costaba encontrarse, les costaba explicarse, pero cada vez había menos dudas de que, realmente, había amor.

Mafalda pudo dar fe de todo ello enseguida. Por tanto, cada vez más, trataba de flexibilizar su sentido de la justicia para con los dos (a los que notaba algo tensos), y derivó en una suerte de tregua indulgente. Aunque no muy marcada: lo bueno y lo malo no se podían confundir, y había que mantener un cierto rigor de conducta.

IX)

Era una fresca tarde otoñal. A Mafalda le encantaban los paseos de esas tardes. No se sentía sofocada enseguida como en verano, ni sentía entumecimiento como en invierno. Y, sobre todo, el suelo estaba lleno de hojas. Repleto. Eso le entusiasmaba: poder olfatearlas, pisarlas, romperlas. Ella, que en muchas otras cuestiones podía sacar a relucir una suerte de aire sofisticado, evidenciaba una emoción primaria, una emoción sin parangón ante esas hojas.

Era, quizá, un instante óptimo para Eric: en una situación como esta no había tirantez alguna con Mafalda, todo era disfrute. En algún momento, incluso, se advirtieron simulacros de abrazo (mutuos).

Lina no comprendía bien la relación entre Eric y Mafalda, como tampoco comprendía la relación de Mafalda con las hojas. Pero comenzó a comprender una cosa: ya no necesitaba comprenderlo todo. No. Por primera vez en su vida no sentía angustia por no tenerlo todo bajo su control: había dejado de influir en el trabajo (porque ahora carecía de él), no influía en Eric, y, de alguna manera, tampoco influía en Mafalda. Parecía una reunión de espíritus libres.

Una coincidencia. Una coincidencia tras otra, más bien. Se le escapaba como su vida había llegado a este punto, pero comenzaba a atisbar que, tras el horizonte, no había un sentido. Y eso no le angustiaba. Ni le apenaba. Le satisfacía pensar que si, realmente, todo lo que le rodeaba ahora era fruto de la casualidad, eso no podía ser un menosprecio para su vida.

¿Qué probabilidad había de que Alberto, un hombre joven, sin dolencias conocidas, muriera con apenas 40 años, semanas más tarde de que ella fuera nombrada Jefa de Ventas?

Si ella no hubiera llegado a convertirse en Directora General, no se hubiera citado con Eric. Y, probablemente, nunca lo hubiera conocido. O no de la misma forma, al menos.

¿Qué probabilidad había de que Mafalda se hallara en el recinto principal cuando Lina entró por la puerta de la protectora? Lina apenas iba a mirar mucho más, no tenía ganas de sufrir en exceso con la enorme sobreexposición estética de canes en peligro, y Mafalda apenas hacía 5 minutos que había vuelto del veterinario, donde le estaban revisando una pata.

Hay quién a todo esto lo llama destino, pero hay otra forma de ver las cosas.

Si Mafalda no se hubiera hallado en el recinto principal en ese momento porque, tal vez, Lina hubiera llegado 10 minutos antes, ahora habría otro can en casa de Lina. Probablemente ella estaría encantada y, por supuesto, el otro perro también, pero Mafalda no estaría con ella. Y no había ningún impedimento real para que Lina hubiera llegado 10 minutos antes. Simplemente, la casualidad juntó a Mafalda y Lina.

Eso no quita magia alguna a su relación: se la añade. Por 10 minutos, podrían no conocerse y ahora, estando juntas, no se podrían imaginar otro mundo posible: porque se aman, como se ama, a menudo, a las casualidades.

X)

Mafalda admiraba a todos los seres voladores. Sobre todo, a los insectos. No trataba de cazarlos, no le obstinaban, ni se sentía ofendida cuando se posaban (accidentalmente o no) sobre su cuerpo. Más bien, ellos contribuían a reforzar su carácter observador. Cuando se alejaban volando siempre los miraba, hasta donde alcanzara su vista, con la máxima fijación posible. Nunca corría detrás de ningún objeto/ente volador: no quería perderlos de vista en cuanto, presumiblemente, entraran en pánico. Quería verlos.

Hablamos , quizá, de la versión más sofisticada de un *hobbie* que se ha conocido nunca para ningún animal no-humano: simplemente, le gustaba ver volar. Puede que envidiara a esos seres. Puede que pensara en lo que daría ella por volar. Puede que fuera un reflejo de la libertad de su espíritu. Puede que le sirviera para combatir el tedio de esas mañanas que solía pasar sola, mientras Lina compraba. O puede que, sencillamente, le fascinara lo desconocido: seguramente nunca quiso volar, pero disfrutaba viendo volar. Y eso resume la personalidad de su ser: admirar lo ajeno sin pretenderlo, amarlo sin quererlo para sí, disfrutar sin poseer y gozar de la observación.

XI)

Una imagen: dos ángeles dibujados. Es un dibujo enternecedor. Ángeles sexuados con aspecto de niños y que no inspiran grandeza o piedad sino, simplemente, ternura.

A la izquierda, está la ángel. A la derecha, el ángel. El angelito de la derecha parece reposar parte de su pequeña cabeza (aunque grande en su proporción corpórea) sobre la frente de la angelita. En un primer momento, puede parecer un beso inocente y puro. Ella está en una posición entregada. Pero no se llegan a tocar, y quizá nunca lleguen a hacerlo: cuesta pensar en el movimiento de esa imagen, es una foto fija de un momento *in illo tempore*.

No, definitivamente, no. No está besándola. No está apunto de besarla. ¿Qué está haciendo? Parece acercar su cara, justo por la mitad, entre su frente y su cabello. Está oliendola. Los ojos de ambos están cerrados. Se concentran al máximo, él quiere exprimir hasta el último poso de su aroma, ella está

complacida y embriagada por contagio. Están unidos. No hay reciprocidad en ese acto, pero sí que hay mutua satisfacción.

Esa es la clave. El olor. Se ven muchas cosas, y con suma precisión. Se escuchan muchos ruidos, y con sumo atino. Pero apenas se huele ya. Hay perfumes para combatir la desidia del mal olfateador: no se olisquea, ni se saborea con la nariz. Y es un error.

El olfato es un radar del mundo.

Eric apenas había comenzado a comprender la dimensión del aroma que desprendía Lina, y por eso veía levitar su relación con ella. Era tan leve, y había tan poco en lo que creer...

Pero la embriaguez debe contemplarse. Solo así la unión se hace inexplicable. Solo así la relación se vuelve indescriptible. Solo así el amor deja de verbalizarse para ser amor, sin más. Atracción enajenada. Una atracción desesperada.

Lina, de alguna manera, creía en la embriaguez del olfato, pero de una manera intuitiva. No la había sentido nunca por nadie, no la había provocado nunca a nadie. Pero sabía que tenía que haber algo más que palabras, algo más que momentos, tenía que haber una esencia detrás de todo. Pero, tal vez, ese pensamiento era una equivocación grandiosa: en el olor no hay esencia, sino disolución. Recuerda Lina: ¡el olor está más allá de la conciencia propia! Está, por supuesto, más allá de la voluntad. Y también de la representación. En él no hay mal ni bien, sino deseo y asco. Sin él nació la esencia. Con él se comprende que no todo entra dentro del marco de la comprensión.

Mafalda, como siempre, les superaba. Ella ya había asimilado todo eso al nacer. Al nacer como perra, al menos. Porque ella estaba, sin duda alguna, más allá del bien y del mal.

XII)

“Aunque fueras a vivir tres mil años y otras tantas veces diez mil, recuerda, sin embargo, que nadie pierde otra vida que esta que vive, y no vive otra que la que pierde.”

Lina pensaba, con fruición, esta sentencia. Sobre esta sentencia y por esta sentencia. Se lo había leído a Marco Aurelio, en sus *Meditaciones*.

Siempre le llamó la atención que todo un emperador se dedicara a estos quehaceres del pensamiento. Si hubiera conocido a Epicteto, aún le habría impresionado más, a buen seguro, que un esclavo compartiera con un emperador una visión tan semejante del mundo.

Le sonaba esta sentencia, sin duda, a una de esas grandes frases. Quizá no era tan célebre como otras. No era un “solo sé que no sé nada” o un “pienso, luego existo” ni tan siquiera un “ser o no ser, esa es la cuestión”. Pero en ella percibía un tono de ese tipo. Y le sucedía que, igual que con otros tantos comentarios de esa rama, le abrumaba tanto la forma que se le hacía palpable el enorme esfuerzo que requería poder desentrañar esa pomposidad enrevesada en vocablos.

Trataba de hacer un procedimiento análogo al del análisis sintáctico. Empezaría por simplificar en frases más breves. Al hacerlo rápida y mentalmente, no tardó tanto en sintetizar lo que ella había percibido y en desentrañar, por tanto, el sentido de la sentencia: no hay más que esta vida, la vida es el todo. Marco Aurelio buscó el todo. Ahí estaba: era la vida. Es la vida. No hay más. Por más cargas que se le pongan, por más años que se vivan, por más importancias que se le otorguen, por más y por más, y así hasta llegar al infinito, la vida sigue siendo una y se limita. Se limita en el tiempo, por supuesto, y también en el espacio. No lo puede abarcar todo. Ni debe pretenderlo. Aún así, quizá, quede hueco para ir en busca de la esencia de la vida: pero si la hay, también se acabará extinguiendo, con lo cual, ninguna vida particular merece la pena consagrar a la búsqueda de dicha esencia¹¹.

No sabía si, con esto, debía concluir su análisis. Pero el cansancio lo dictó de tal modo. Con lo cual: no merece la pena consagrar una vida a la búsqueda de una esencia. Porque vida hay una, y Lina se acababa de dar cuenta.

XIII)

Mafalda se estaba riendo de Eric. O si no era ella, era el espíritu de la época, o algo semejante.

Ella, sí, ella. Se acababa de lesionar la meseta tibial de su pata trasera-izquierda. No, ella no estaba haciendo un gran esfuerzo. No, ella no estaba alertando al mundo de su presencia con unos quejidos superlativos. No. Ella

lo estaba viviendo con mucha tranquilidad, aunque Eric no pudiera dejar de pensar en Marx: la historia se repite primero como tragedia y luego como farsa. Aunque, bien mirado, quizá la farsa esta vez se dio en la primera ocasión.

En cualesquiera de los casos, tuvieron que operar a Mafalda. Lina estaba de los nervios. Y Eric estaba angustiado por Lina. Aunque, a decir verdad, también lo estaba por Mafalda. Ya se estaban compenetrando. Era su compañera de juegos. Sí, había aprendido a jugar. Él, se entiende. Y por eso no se podía perder todo en un momento. No.

Una mañana, casi de madrugada, la operaron. Esas horas tan intempestivas suelen advertir del riesgo que se corre, es un preaviso. Nada importante se hace a las 5 de la tarde (menos tomar el té que, quizá, en Inglaterra se pueda considerar relevante, pero no deja de ser un hecho poco crucial, por más que se repita todos los días).

Increíblemente, la operación no solo fue un éxito, sino que consiguió que en pocas semanas Mafalda pudiera corretear. ¡Y apenas lo había hecho antes! Pero claro, ahora era diferente. Había notado la ausencia. Estuvo sin una pata durante un tiempo, y eso lo iba a valorar. Apenas le quedaba eso para alcanzar la cándida perfección. Tenía ella como una especie de aura: preparada para la beatificación.

Eric también corría con ella.

Lina le acababa de pedir a Eric que se fuera a vivir con ella, que vivieran juntos. Él aún no había respondido. No hacía falta, estaba todo bastante claro.

XIV)

Era Navidad. Lina esperaba recibir una llamada para un posible empleo. Un regalo un tanto extraño, sin duda, para una Navidad.

Mafalda abrió sus regalos. Su considerable aumento de fuerza en las patas traseras le había facilitado usar las delanteras como unas manos. Rasgaba y quitaba papel con especial fruición y eficacia.

Eric esperaba tener un momento para contestarle a Lina, ya había tomado una decisión.

Lina lo emplazó a que se lo dijera luego porque, efectivamente, estaba recibiendo una llamada. Le llamaba Evaristo. Obviamente, la extrañeza

preponderaba en ella.

Evaristo le decía que ahora comenzaba a comprenderlo todo un poco mejor. Que una casualidad, un nivel anormal de azúcar en sangre por parte de Alberto, le había llevado a ella a la dirección de la empresa, y que, quizá, nunca supo ver lo difícil que debía ser estar en medio de una casualidad como aquella.

Tras el accidente de coche de Sonia, comenzó a entender más el peso e importancia de lo circunstancial y contingente: Luis, el nuevo director general tras Lina, se derrumbó. La muerte de una amante puede pasar de un momento a otro de drama interno a drama externo, dependiendo de cada quién.

Ante esa situación, y en una medida desesperada por mantener el control de la empresa, la junta directiva tuvo a bien nombrar director general a una persona que no tenía experiencia en dirección, pero sí experiencia general, y lealtad a la empresa: Evaristo.

No sabía si era el karma, el equilibrio natural, Dios o cualquier otra cosa. Al principio, pensaba que algo le había llevado ahí. Donde, por supuesto, nunca pensó estar ni donde, aún más por supuesto, nunca quiso estar.

Pero comenzaba a ser todo tan incoherente, tan inconexo y tan burlesco que no. No podía ser. Acabó descartando al destino y a cualquier otro tipo de intervención en pos de algún tipo de justicia. No. Era casualidad. Lo que en un principio, tal vez, le podría haber suscitado desprecio¹², entendía ahora que no debía ser juzgado. Pasó: eso es lo que podía decir.

Por todo eso, Evaristo quería solicitarle a Lina, formalmente, que lo disculpase por si en algún momento pudo ser o parecer airado ante su breve mandato.

También aprovechó, como no podía ser de otra manera, para abrirle las puertas de la empresa de par en par: al fin y al cabo, nunca tuvieron una jefa de ventas igual.

¹¹ Entiéndase también: de ninguna idea “superior”.

¹² ¿Quién no menosprecia las coincidencias o casualidades?